

Prehistoria del solar astur (2)

2. Los horizontes industriales y culturales de la Edad de Piedra astur

a) Del guijarro preparado al utillaje asturiense

Desconocemos cuál pudo ser el primer utensilio que en virtud de determinadas tradiciones industriales y de acuerdo con un concreto estereotipo o modelo «normalizado» pudo fabricarse en las Asturias. Dicha ignorancia es pareja con la del tipo humano que pudo confeccionarle. En un artículo anterior (cf. ARCHIVUM XXII, 1972, pág. 445) se habló de un *H. presapiens* al que emparentábamos con el hombre de Swanscombe, como posible artífice de estas primeras industrias líticas del solar astur. Hoy, tras el hallazgo del denominado hombre de Tautavel, en La Caune de l'Arago, en pleno Rosellón (1970) en un suelo rissienense y junto a una industria, ya tayaciense, ya achelense, podemos quizás pensar en este anteneandertalense como posible artífice de las primeras industrias líticas del solar astur, tanto más cuando en éste se carece del mínimo resto paleontológico de arqueoántropos. El presumir la existencia de un homínido prewürmiense emparentado con uno u otro tipo, no pasa empero de ser una mera hipótesis de trabajo.

Por otra parte hemos de tener en cuenta que la Prehistoria general hasta prácticamente hoy, se ha limitado, y en virtud de una utilización masiva del método arqueológico, al estudio de las tradiciones y desarrollo de las técnicas de talla y retoque de la piedra, por lo que ha pasado a ser lugar común

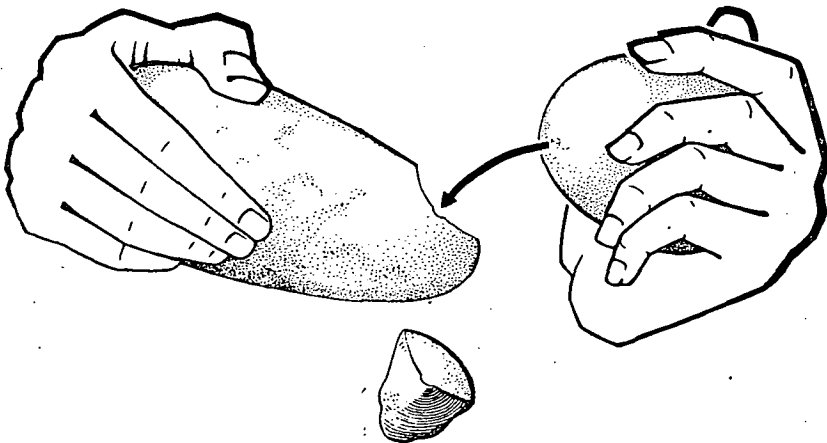
no sólo hablar de «Edad de Piedra» sino también remachar tal designación posiblemente un tanto subjetiva, con denominaciones tales como «Paleolítico», «Mesolítico», «Neolítico», etcétera, pasando por alto que en el alba de la Humanidad muy bien pudieron darse útiles y artefactos, no sólo de piedra, sino también de hueso y madera.

Este hecho hemos de tenerlo en cuenta a la hora de abordar el estudio de los horizontes industriales de la Prehistoria astur, a la vez de reconocer nuestra ignorancia del material en que pudieron haberse ejecutado los primeros útiles conocidos en el ámbito. Aceptemos, no obstante, una variedad de materiales y una particular utilización de la madera, teniendo en cuenta los recursos que durante todo el Pleistoceno brindó el actual paisaje suboreal, aunque no haya llegado hasta nosotros evidencia clara de tal utilización. De todas formas parece claro que los primeros utensilios fueron concebidos aquí como en el resto de la Ecumene como una prolongación de la mano, siendo modelados según técnicas variables en función de la época, el entorno y el material.

Aun cuando la cuestión rebasa el objeto concreto de estas páginas, quizá no sea superfluo señalar aquí el mérito de K. P. Oakley, como primer tratadista, que al estudiar la faseología de la Edad de Piedra tuvo la idea de establecer la fabricación de útiles con arreglo a modelos normalizados, como una discontinuidad en el desarrollo mental y, consiguientemente como base de partida para definir al hombre. De esta forma el estudioso británico establecería, a) una secuencia que se inicia con un «uso intencional de utensilios», como primera etapa de un «uso a propósito de utensilios»; b) una «modificación de utensilios por un propósito inmediato»; c) una «modificación de utensilios para una eventualidad futura» que llega a una «fabricación *ad hoc* de utensilios» y, finalmente, d) una «fabricación cultural de utensilios». Entre las dos últimas partes se han podido formar, perder, reconstituir y vuelto a formar tradiciones.

Sin profundizar aquí en la problemática de tal serie secuencial, quizá quepa afirmar que cuando el arqueo-ántropo

que en el solar astur ejecutaba útiles para sobrellevar su existencia cotidiana y enfrentarse con el medio se encontraba, muy posiblemente, en los estadios mentales, c) y d), aun cuando ello no fuera inconveniente para que nos legase «fabricaciones», más o menos frustradas, del tipo que aquellas que los sedicentes especialistas, con más o menos razón, bautizaron en el pasado siglo (hacia 1867) y a raíz de los descubrimientos del Abate Bourgeois, con el nombre de *eolitos*, simulacros que empezaron asimismo a ser reconocidos en la Península Ibérica hacia 1878 tras los hallazgos en Otta (Portugal) del geólogo portugués C. Ribeiro y que proporcionaron una serie de presuntos artefactos, de los que hoy podemos decir que no todos eran lo que se suponía que eran, esto es, artefactos líticos, obra de un fantasmagórico y entonces inaferrable «hombre terciario». Asturias no permaneció indiferente a la moda, por lo que también se habló de eolitos astures. Hoy, tornadas las aguas a su justo cauce, está descartada la posibilidad —mas, tras los estudios de S. A. Semenov y otros— de que un prehistoriador experimentado se equivoque al enjuiciar un artificio cultural, en la forma o configuración de un canto



La Pebble-Culture. Primera fase de lascarado: golpeando perpendicularmente sobre el borde plano de un guijarro (núcleo). Se hace saltar una lasca clactoniense que puede servir de cuchilla. (De A. Leroi-Gourhan).

roto o quebrado por causas geológicas o naturales. Sabe incluso diferenciar los eolitos de los llamados *pebble-tools*, que hoy por hoy se estudian en la base de la cultura humana, en una especie de «pre-paleolítico».

La presencia y hallazgo en las Asturias de *Pebble-tools* o guijarros tallados del horizonte geológico *villafranquiense* pertenecientes a la llamada *Pebble-Culture*, presenta al prehistoriador o arqueólogo no impuesto en las particulares características de la región astur-cantábrica, apasionantes interrogantes, más, al ver en ellos la pervivencia del «estereotipo del australántropo» diferenciado no hace aún mucho por A. Leroi-Gourhan. No obstante, y como norma general, quizá sea oportuno adelantar que los *Pebble-tools* que puedan hallarse en las Asturias fuera de todo horizonte estratigráfico, es decir, superficialmente, deben quizá referirse a horizontes industriales del Pleistoceno medio o superior, dado el profundo arcaísmo de la zona que impuso, sobre todo en la región costera, una economía muy similar a la de los actuales *Strandloopers*, del Africa Meridional, que hoy mismo se nos aparecen retardatarios, debido sobre todo a la falta de incentivos al progreso. Algo similar debió ocurrir en las Asturias, particularmente en la zona de las rasas litorales que se extiende prácticamente por todo el litoral astur, penetrando en Santander a partir de las Tinas. En la zona de las rasas el *habitat* costero ofrecería, dentro de lo que cabe, buenas oportunidades de vida, de recolección de alimentos y materias primas y asimismo posibilidad de encuentros sociales. Una ojeada a un mapa en el que se hayan registrado la situación de grutas-habitación en Asturias es decisiva para tal conclusión: Téngase en cuenta que las playas del litoral oriental asturiano debieron de ejercer una fortísima atracción para los primeros pobladores del solar astur ya que en ellas el alimento se les presentaba variado y abundante y sin tener que estar sujetos a las fluctuaciones estacionales determinantes de sus experiencias cinegéticas, ya en las Sierras Planas, ya en la Serranía de la Cuera, ya en el Sueve, ya en el retro-país, con sus recursos faunísticos de más difícil adquisición. El litoral es distinto: podía suceder muy bien, no sólo que peces globicéfalos, odontocetos o cetáceos marinos encallasen en ellas

en virtud de determinados ciclos biológicos o estacionales. Platijas, moluscos y crustáceos no eran de difícil captura ya en los arenales, ya en las rocas. Por otra parte ahí estaban diversas colonias de aves y pájaros marinos que ofrecían estacionalmente sus nidadas huevos y crías. Tampoco faltaban yerbas marinas comestibles, ni restos leñosos, que constituirían un buen combustible e incluso proporcionaban material para la fabricación de útiles. Por otro lado las ensenadas y desembocaduras de ramblas y arroyos que llegaban del interior proporcionaban, como ocurre en Bañugues y en diversos lugares de Llanes y Vidiago, numerosos guijarros y cantos rodados que la misma acción del mar se había preocupado de seleccionar y plásmar. Guijarros mucho mejores que los que podían proporcionar bloques de cuarcita y terrazas fluviales del interior. De aquí, que al estudiar la más lejana prehistoria astur, no podamos dejar de pensar que, los primeros habitantes del litoral cantábrico por el mero hecho de vivir a la orilla del mar se vieron ayudados en el conocimiento de tipos y formas de piedras más idóneas para sus industrias líticas, por la erosión marina y el arrastre fluvial. No es de extrañar, pues, que conspicuos estudiosos portugueses, habiendo adquirido desde años la consciencia de tal hecho, no duden en hablarnos del que llamarán un tanto pretenciosamente «estilo lusitánico» a la hora de analizar los productos líticos del hombre del Pleistoceno Medio que se instaló en el litoral del país hermano, pero que también pudo trascender al litoral galaico y astur-cantábrico durante el Paleolítico Inferior y medio dejando en éste evidencia de sus industrias líticas.

Prescindiendo del posible uso dado a la madera y a restos óseos, pasemos ya al del guijarro o canto rodado o cualquier otra roca, de cuarzo, cuarcita, caliza, sílice o esquisto y que fueron talladas utilizando diversas técnicas, que permitieron obtener, primero lascas y después hojas y láminas a partir del descortezado de un nódulo (*núcleo*), descortezado que en Asturias se hizo casi siempre en el Paleolítico Inferior y Medio de forma directa, es decir, por percusión. Es seguro, por otra parte, ante determinadas evidencias, que en el Paleolítico Superior fuera utilizada virtuosamente la técnica indirecta, es decir, la presión.

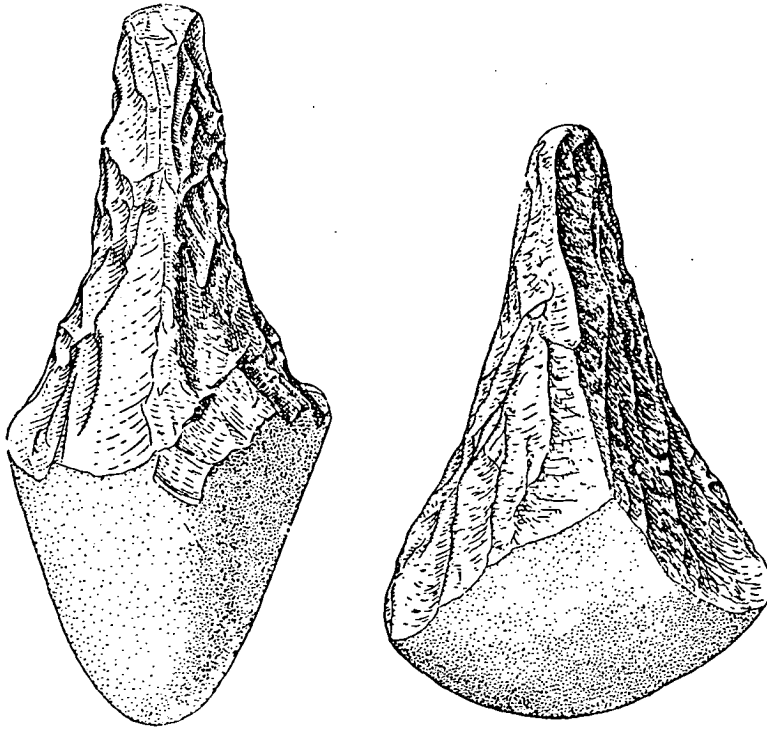
No son raros en Asturias los guijarros trabajados, (*galets amenagés*), ni los poliedros o esferoides facetados que hasta fecha reciente se hacían privativos de ámbitos africanos, y cuya tipología nos es bien conocida tras los trabajos de L. Baulout, L. Ramendo y R. Vaufrey, aún cuando hasta la fecha no hayan sido estudiados de forma convincente por ninguno de nuestros especialistas, poniendo en práctica técnicas recientemente preconizadas por David L. Clarke, L. R. Binford, LeRoy Johnson Jr. y algún otro tratadista pionero de la llamada «nueva arqueología», y cuyos trabajos nos permitirían incluso conocer útiles que han trascendido aquí a su horizonte industrial clásico, ya que perviven más allá del Musteriense, ya los *choppers*, ya los *chopping-tools*, considerando como tales los útiles de percusión definidos por H. Movius.

No son raros en Asturias, trascendiendo a su horizonte industrial clásico, ya que perviven incluso más allá del Musteriense, los *choppers* ni los *chopping-tools*, considerando como tales los útiles de percusión definidos por H. Movius. Estos últimos se caracterizarán a veces por su borde cortante en zigzag, y por aparecer asociados a los llamados *tranchoirs* por P. Biberson.

No obstante, no parece aventurado afirmar que el verdadero «utensilio» se da en Asturias siempre con una forma útil o adecuada a un uso concreto y previsto, no inmediato sino mediatamente relacionado con una tendencia biológica. De aquí, que las llamadas «lascas» o partes extraídas de un *núcleo* se nos presenten muchas veces desbastadas por medio de talla, para darles una forma artificial. Diversos hallazgos de lascas de desperdicio (*Waste*), lascas simplemente usadas, retocadas y, finalmente, trabajadas en verdaderos útiles, más o menos elaborados, justifica nuestra creencia de que la fabricación de utensilios de «lasca» fue adoptada en Asturias más tardíamente que la de utensilios de «núcleo» aún cuando hallazgos recientes como los de Cruz de Illas en las cercanías de Avilés parecen enfrentarse a tal hipótesis. Es curioso señalar que en Asturias se da muy tempranamente una técnica similar a la *Clactoniense*, que, como sabemos, origina un tipo

de utensilios a partir de grandes y gruesas lascas, muy análogos en su talla, retoque y utilización a otros obtenidos de guijarros más o menos planos. Esto aparte de la arribada al país, de tradiciones culturales que implican la utilización de una industria con utensilios de núcleo, lo que supone la mayoría de las veces la utilización de percutores y yunques de piedra utilizados sin un previo desbaste, para golpear los núcleos.

Aun cuando la mayoría de los especímenes pertenecientes quizá al Pleistoceno Medio se han hallado en superficie, parece



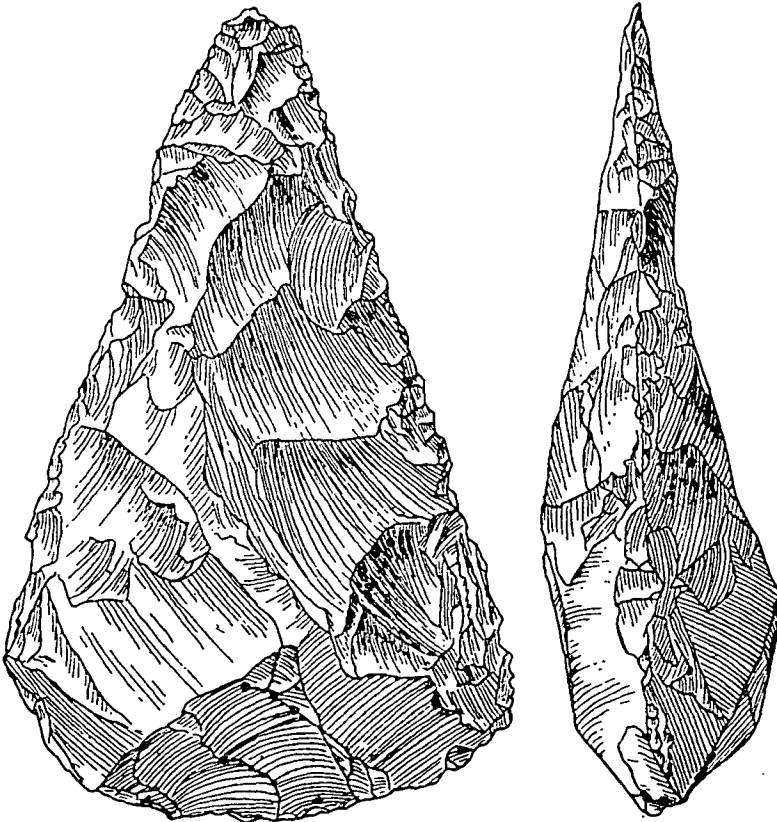
Picos asturienses de las Cuevas del Penicial y La Riera (Llanes, Asturias). Según el Conde de la Vega del Sella.

indudable que la técnica de la industria de guijarros y sus *chopping-tools*, proliferan a lo largo de todo el Paleolítico Inferior, llegando hasta el final del Achelense, penetrando en el Paleolítico Medio y Musteriense, e incluso trascendiendo al mismo Magdaleniense y aún más... Esto hace subrayar que

debemos considerarla eso, y solamente eso; es decir, *una técnica* que, de por sí, no constituye *una cultura*, sino más bien un elemento cultural, o quizá *un estilo* impuesto o posibilitado por el medio geológico. Es muy importante verle perdurar con indudable continuidad en el transcurso de diversas evoluciones y despliegues culturales, en toda la Edad de Piedra de la vertiente atlántica, pues ello parece probar que pese a la escasez de documentos —esto es, yacimientos y hallazgos—, desde el Arqueolítico hasta el Paleomesolítico y el Paleolítico Superior, los cantos tallados de acuerdo con tradiciones «africanas» no son hechos aislados o inconexos entre sí, ni siquiera independientes de los primeros progresos de la Humanidad, sino que han llegado a Asturias portados por una determinada etnia emparentada con los arqueo-ántropos polimorfos europeos preneanderthalenses y son quizá restos de un legado más antiguo de viejas civilizaciones arqueolíticas, incluso pre-paleolíticas, que han dado vida a tradiciones industriales irrenunciables para el arqueo-ántropo en cuestión. Es interesante señalar aquí que el paleontólogo M. Crusafont atribuye, (1964), a tal tradición técnica, aunque con reservas, el útil que se llamará genéricamente *pico asturiense*, aun cuando este utensilio —que nosotros preferimos denominar *penicialense*, y cuyo tratado ha sido objeto ya de diversos trabajos*, conserve gran parte de su *cortex* como canto o guijarro rodado, que fue empleado como materia primera para su confección, y el método de talla utilizada sea el de percusión directa (un guijarro para golpear otro, agarrando uno en cada mano) se evidencia en número mayor de golpes, y una forma más compleja y especializada que el simple filo logrado en la típica *Pebble-Culture* o «industria del guijarro» puede muy bien relacionarse con la industria achelense, ejecutada en la cuarcita, frecuente aunque poco estudiada en toda la Iberia atlántica (incluyendo a Extremadura y ambas Castillas).

(*) Cf. al respecto M. Pérez Pérez, «Tipología del pico asturiense». *Pindal*, Seminario de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Oviedo; ID. «Sobre la tipología del pico asturiense», *Bol. del I.D.E.A.* 81, Oviedo, 1974. J. M. Gómez-Tabanera y M. Pérez Pérez, «Las culturas mesolíticas del ámbito astur cantábrico y su producción artefactual: el pico asturiense». *Actas de la XX Sesión del Cong. Preh. Fran.*, Martigues, 1974.

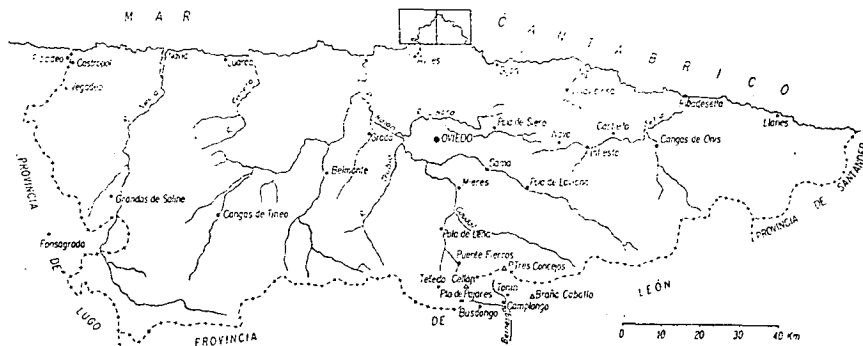
La técnica clactoniense, como se sabe, es bien simple, y comporta, al igual que aquella utilizada en la consecución del pico asturiense, dos útiles: el que se talla por medio de percusión directa, por lo general una gran lasca, obtenida anteriormente de un *núcleo*, y el *percutor* sobre la misma. Por otro lado se han encontrado en Asturias útiles que se han referido al *achelense*, y a los que se mencionó de paso al enumerar las estaciones prehistóricas astures con materiales arqueolíticos. Como se sabe, el horizonte achelense pudo ser definido en Francia tras diversos hallazgos en el barrio de



0

Mandorla lítica, achelense, asociada al hombre de Swanscombe, que no debió diferir demasiado, somáticamente hablando, de los primeros pobladores de las Asturias pleistocénicas.

Saint-Acheul, en Amiens, superpuesto al horizonte que se llamaría *abbevillense*, por haber sido descubierto en Abbeville (Somme) en la terraza alta de 45 mts., que ofreció diversos bifaces y lascas. Es muy posible que el material achelense encontrado en Asturias sea contemporáneo, más que del interglaciario Mindel-Riss, de la glaciación rissense, no ofreciendo excesiva variedad en los útiles conocidos, generalmente bifaces apuntadas, mandorlas amigdaloides, *pebble-tools*, *choppings*, etcétera. Será asimismo en el seno del achelense europeo cuando se manifiesta la técnica de talla *Levalloisense*, que determina la forma de la lasca y que quizá llega a Asturias

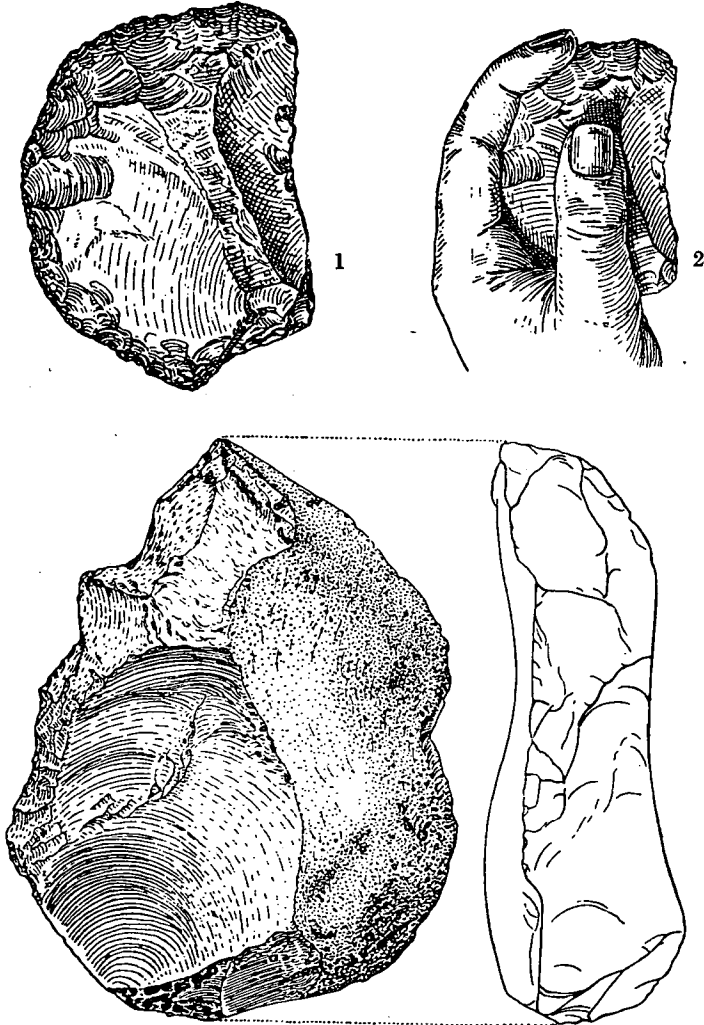


Situación del concejo de Gozón y sus yacimientos del Paleolítico Inferior en Asturias.

un tanto tardíamente, durante el *musteriense*. No obstante, en Asturias se han hecho hallazgos que pueden claramente referirse al achelense. Hallazgos que como ya se dijo, hoy por hoy, se han localizado no sólo en la ensenada-playa de Bañugues, concejo de Gozón, en un yacimiento espléndido puesto a descubierto por la erosión de la playa, sino también en otros lugares menos conocidos, tales como la terraza de Trasquirós en San Román de Candamo y las del Valduno y Soto de Las Regueras*.

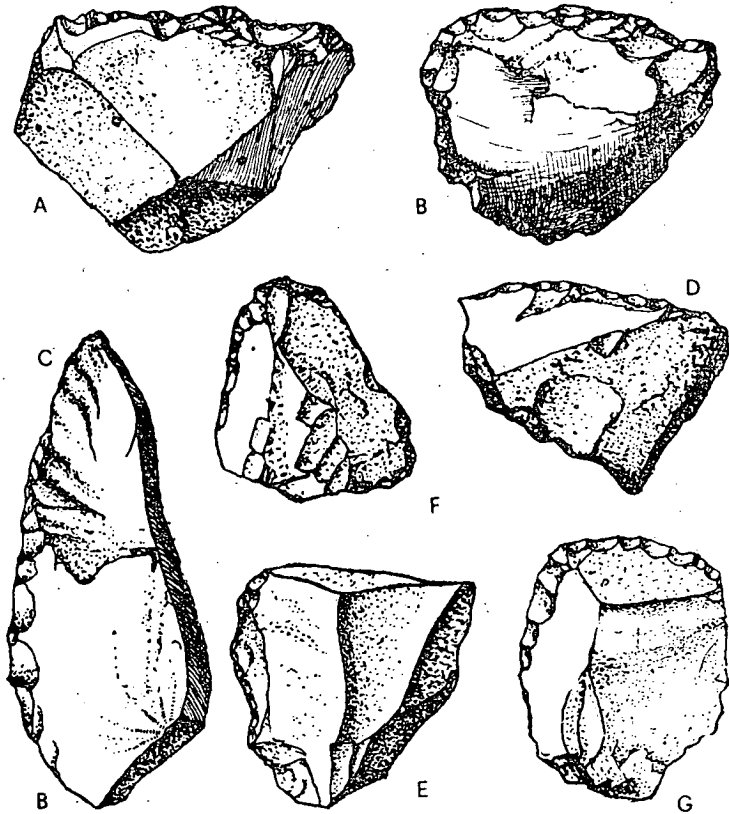
(*) A estos habría que añadir los reconocidos recientemente por M. Pérez en las proximidades del Cabo Peñas y que motivaron su comunicación al XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, Octubre 1973).

La presencia en la región astur-cantábrica de complejos industriales que tipológicamente han de referirse al Paleolítico

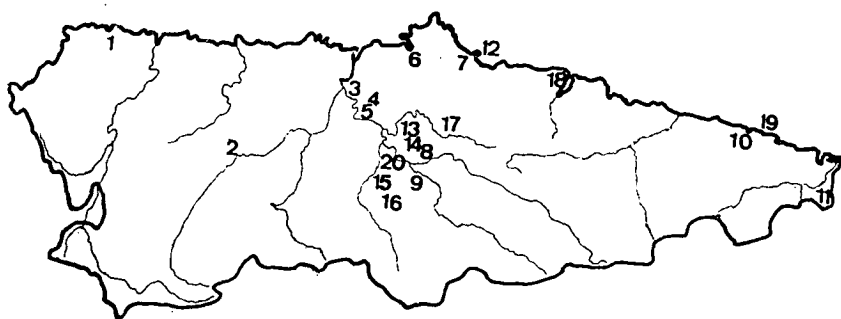


Arriba: Raedera achelense, procedente de St. Acheul (según Com-mont, a/3 de su tamaño). Abajo: Raedera en cuarcita, procedente de la terraza de Trasquirós, en Candamo, Asturias. (Según E. Her-nández Pacheco).

Medio, nos plantean un serio interrogante, en un desdoblamiento de cuestiones. La primera, si en realidad las industrias halladas fueron ejecutadas por auténticos hombres del tipo de Neanderthal, quienes impusieron su patrimonio ergológico sobre otro anterior obra de arqueántropos, o si la forma de ejecución llegó simplemente por difusión cultural desde, pongamos por caso, el SW. de Francia, dominando sobre las anteriores. Es obvio que, de una manera u otra, la región astur-cantábrica ha conocido la llamada *civilización musteriense*, aunque hasta la fecha no pueda hablarse de hallazgos de restos



Raederas y base de hoja del Musteriense de la Cueva del Conde o del Forno, en Tuñón, Asturias. (Según F. Jordá).



YACIMIENTOS CONOCIDOS EN 1974 DEL PALEOLITICO
INFERIOR Y MEDIO EN ASTURIAS

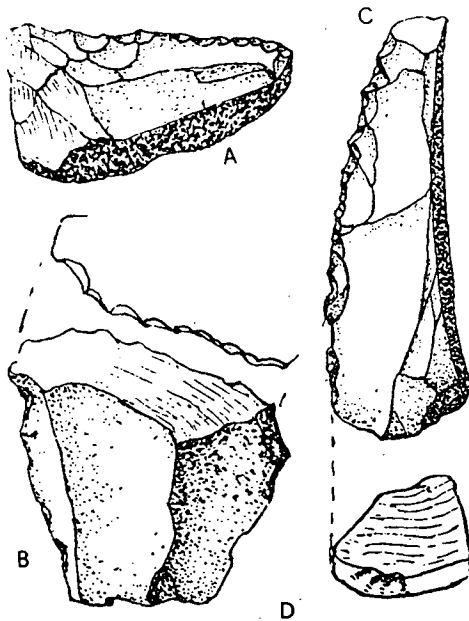
*Pebble Culture y
Paleolítico inferior*

1. Tapia de Casariego (id.).
2. El Baradal (Tineo).
3. San Román (Candamo).
4. Soto (Las Regueras).
5. Valduno (Las Regueras).
6. Avilés (Avilés).
7. Bañugues (Gozón).
8. Latores (Oviedo).
9. Tellego (Ribera de Arriba).
10. La Riera (Llanes).
11. Panes (Peñamellera Baja).

*Pebble Culture y
Paleolítico medio*

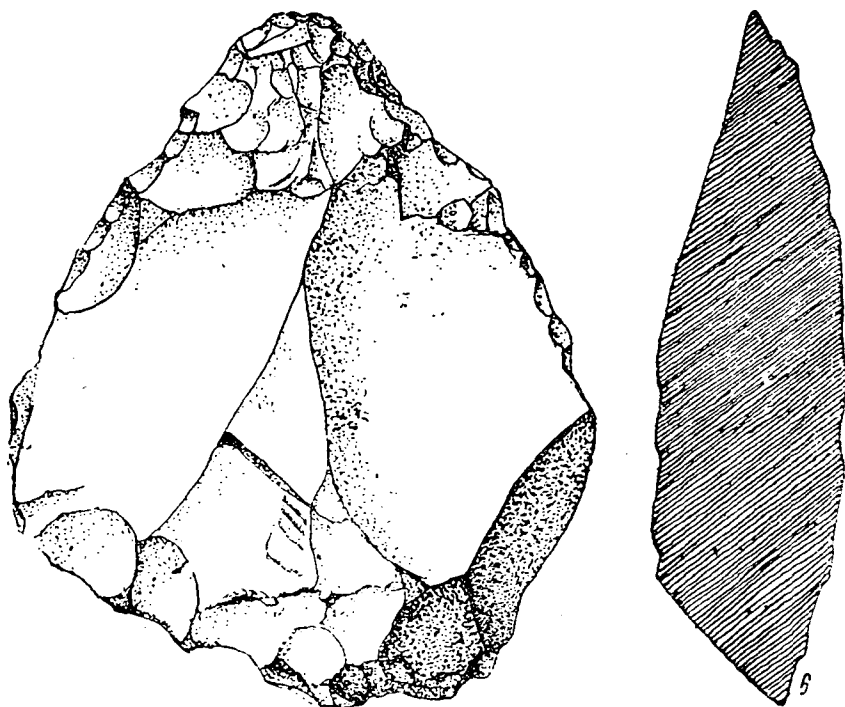
12. Bañugues (Gozón).
13. San Pedro de Nora (Oviedo).
14. San Claudio (Oviedo).
15. Cueva de El Conde (Tuñón, Santo Adriano).
16. Peñerudes (Morcín).
17. Meres (Siero).
18. La Cuevaona (Ribadesella).
19. Arnero (Llanes).
20. Soto de Ribera (Ribera de Arriba).

fósiles de sus portadores humanos, que, como sabemos, hicieron acto de presencia en Europa a partir del primer estadio de la última glaciación de Würm. En Asturias concretamente sabemos de varios sitios donde han aparecido documentos arqueológicos de dicho nivel, uno, la cueva del Forno, llamada también del Conde, en el concejo de Tuñón y en la región central del Principado. Otros varios, específicamente tres en la zona oriental: en La Cueva, junto a Ribadesella, que ofreció interesantes restos que recogidos por J. M. Fernández Buelta, fueron estudiados por F. Jordá y otros, en la llamada Cueva del Conde, junto a Tuñón (Santo Adriano) y, la cueva



Raederas musterienses de La Cueva, en Ribadesella.

de Arnero, Posada de Llanes, cuya presencia había sido señalada lustros antes por el Conde de la Vega de Sella, que la prospectó.

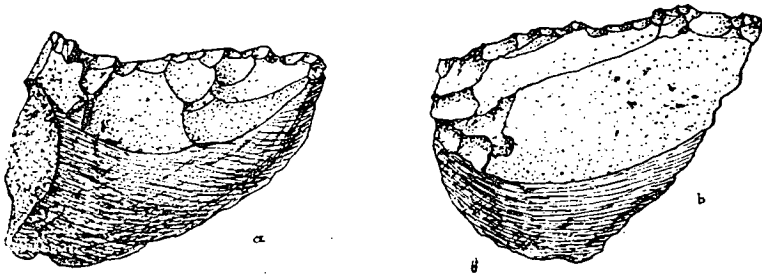


Punta musteriense de cuarcita. Cueva del Forno o del Conde, en Tuñón, Asturias. (Según F. Jordá).

Ambos grupos de hallazgos nos ofrecen como todos los pertenecientes al horizonte industrial de la llamada cultura musteriense, una gran uniformidad y limitación de tipos —punta, raederas, núcleos—, aunque siempre con aspectos y facetas propios, y característicos, que hacen intuir pese a la gran monotonía de los tipos líticos la problemática que ofrece al investigador la penetración del Musteriense en la España septentrional, al buscar las vías de penetración del arqueántropo que dio vida al utillaje, vías que indudablemente fueron distintas a las de los neanderthales de Gibraltar, Carigüela del Piñar (Granada) o Bañolas (Gerona), aunque sin embargo no descartemos totalmente su posible relación con neanderthales de la vertiente atlántica, los mismos artífices de las industrias del paleolítico medio en Portugal y Galicia.

Por lo que se refiere a Asturias, aún cuando los materiales líticos hallados en La Cuevaona fueron estudiados cuidadosamente por F. Jordá en una contribución publicada hace más de tres lustros (Bol. I.D.E.A. IX, Oviedo 1945), la clasificación y nomenclatura adoptada quizá pudiera reactualizarse utilizando el sistema ya clásico preconizado por F. Bordes, hoy usado por la mayoría de los especialistas y tipólogos, ya que el mismo presenta los resultados de los análisis de conjunto en forma de índices y gráficos cumulativos, de gran valor a la hora de sacar conclusiones.

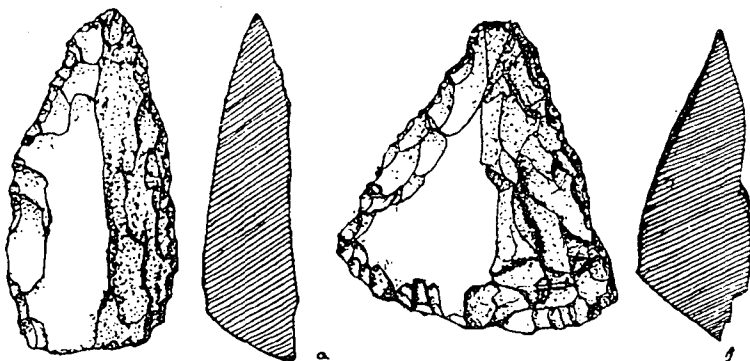
Los especímenes aquí aludidos, así como los procedentes de la Cueva del Forno o del Conde expuestas en la Sala de



Raederas en cuarcita de La Cuevaona, en Ribadesella.

de Prehistoria del Museo Arqueológico Provincial de Oviedo, adolecen quizá de la carencia de tal tratamiento, lo que ha dejado lagunas en su estudio, pues no se calculó en su momento el porcentaje que arrojaban cada uno de los tipos dentro de un complejo determinado, hecho que hoy no puede ser subsanado. Claro que dicha circunstancia se da en el 95 % de los materiales con que se reconstruyó la Prehistoria española hasta 1960. Por todo ello y para un conocimiento más detallado de la real importancia que la intrusión del Paleolítico Medio tiene en la región astur-cantábrica y concretamente en el Principado de Asturias, quizá fuera necesario esperar una feliz coyuntura que pusiera a disposición del investigador un yacimiento con estratigrafía intacta que actualmente, nos permitiera completar referidos a Asturias datos como los

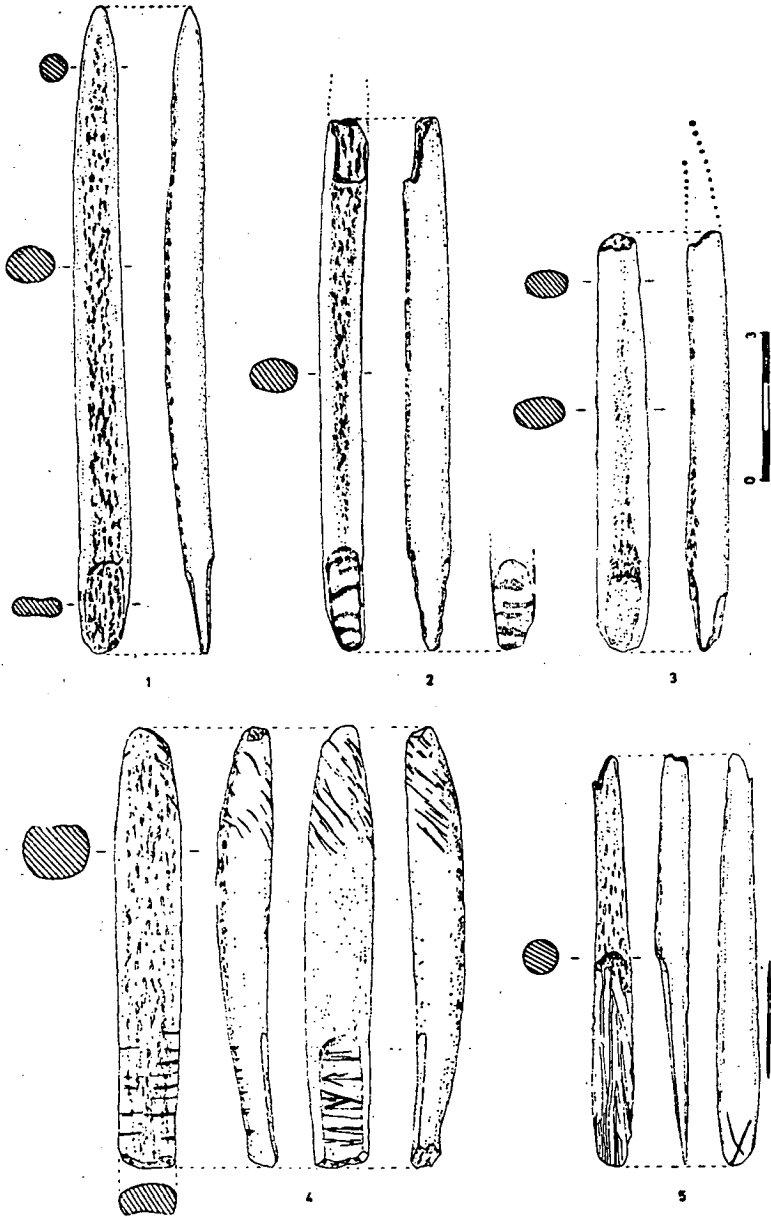
ofrecidos muy recientemente, pongamos por caso, en Cueva Morín (Santander), que actualizasen nuestra visión del Paleolítico Medio astur, haciendo mínimos los errores del muestreo, incluso utilizando pruebas estadísticas no paramétricas.



Punta del Musteriense final, en cuarcita, de La Cuevaona, Ribadesella, Asturias. (Según F. Jordá).

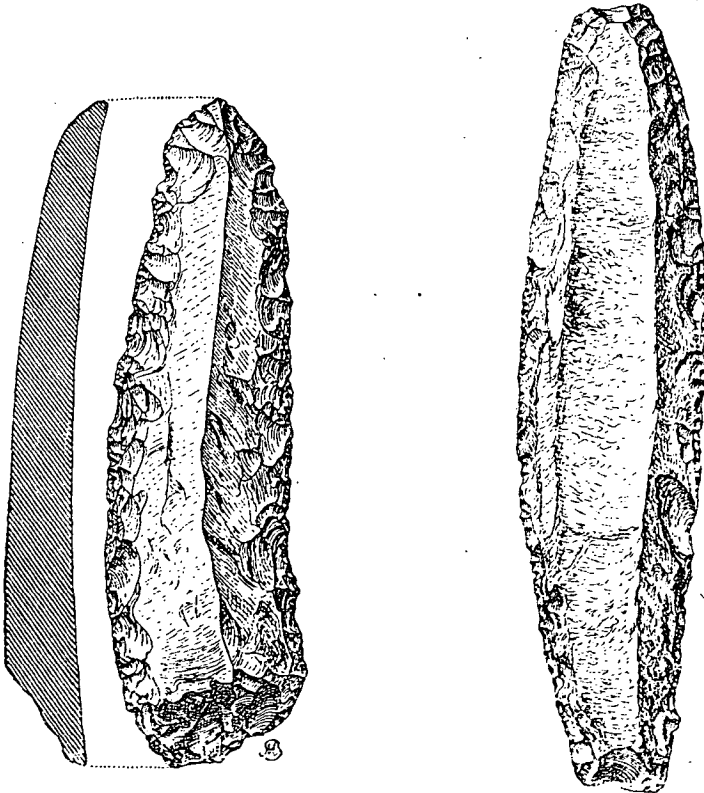
No habría que descartar, por otro lado y en un futuro, hallazgos paleontológicos que cupiera referir al llamado hombre de Neanderthal (*Homo sapiens neanderthalensis*), cuyos caracteres quizá aparecieron en los arqueo-ántropos polimorfos en el estado de variación morfológica intraespecífica, aunque con el paso del tiempo fueron actuándose al lograr una especialización mayor al confinarse en un biotopo particular, cuya eclosión sería favorable en el medio forestal de la región cántabro-aquitana, que después de Würm empieza a adquirir una configuración paisajística propia.

No podemos, pues, ante la carencia de hallazgos fósiles extendernos en torno a la naturaleza y descripción de este homínido arcaico tan próximo al *Homo sapiens fossilis*, hasta el punto de ser considerado hoy como una variedad primitiva del mismo, adaptada a biotopos distintos, entrañando por consiguiente un régimen alimenticio distinto, diversificaciones morfológicas. Sólo diremos que los neanderthales, que siempre aparecieron en el Würm antiguo, han sido siempre asociados a industrias líticas tipificadas en el pasado siglo en el yaci-

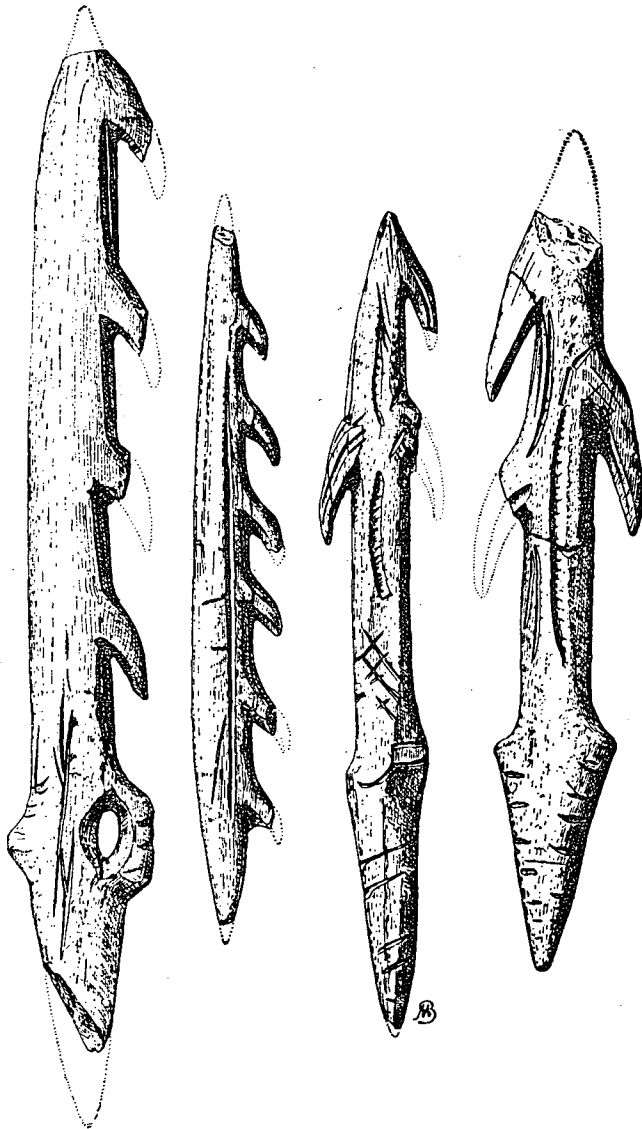


Azagayas con aplastamiento basal (1 a 3) y biseladas (4 a 5) de la Cueva de Sofoxó, en Las Regueras, Asturias. (Según S. Corchón).

miento de Le Moustier, y que los depósitos del Würm reciente nos presentan ya industrias del Paleolítico Superior, y que hasta la fecha en Europa también han dado evidencias paleontológicas de *Homo sapiens*. Parece imponerse entre los científicos la idea de un *catastrofismo* del *Homo sapiens neanderthalensis*, sustituido en sus habitats y territorios de caza o de ocupación por el *Homo sapiens fossilis*. Tal *catastrofismo* ha inquietado a muchos estudiosos, sobre todo aquellos que influidos por tesis tan audaces como las de Ardrey, Lorenz y epígonos, han hablado de un genocidio masivo de los neanderthales por obra del *Homo sapiens*, quedando así éste, dueño



Hojas de sílex (izquierda) y cuarcita (derecha) del Magdaleniense Medio, de la Cueva de La Paloma, en Las Regueras, Asturias (dibujo de Benítez Mellado).



Arpones unilaterales y disticos, procedentes del Magdaleniense Superior de la Cueva de La Paloma, en Las Regueras, Asturias.

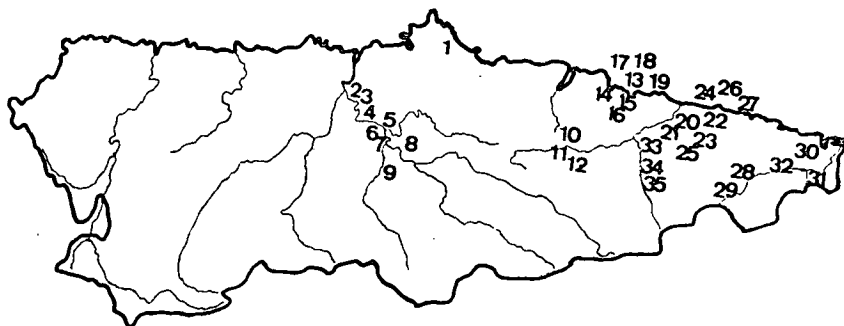
absoluto de la Ecumene. Sin pronunciarnos ante tal tesis, de curiosas remembranzas cainitas y que moralmente nos inquieta, quizá sea oportuno decir que científicamente la idea de un tránsito directo de *H. sapiens neanderthalensis* a *H. sapiens sapiens*, se excluye científicamente en razón de la excesiva especialización de los neanderthales. Este cambio de tipo humano que corresponde en ciertos casos, pero no siempre a una modificación en los horizontes industriales plantea, pues, un problema no resuelto, que ha sido objeto de un reciente Symposium en el seno de la UNESCO, con ocasión del Congreso de la INQUA, celebrado en París en 1969. En la cumbre de dicha reunión, se tuvo muy en cuenta el hecho de que en la Europa Occidental las industrias perigordienses y auriñacienses suceden cronológicamente a diversos tipos del musteriense. Esto se ve bien claro en la región astur-cantábrica. Es significativo que el Auriñaciense no ha surgido por evolución «in situ» del Musteriense, y parece muy posible que su germen se encuentre en determinadas regiones del Próximo Oriente, donde ya aparece un pre-auriñaciense sobre catorce capas o estratos de Musteriense evolucionado (Jabrud, Siria). Su introducción en la Europa occidental podría, pues quizá, explicarse por una migración aprovechando el interstadial de Laufen (que separa el Würm antiguo del Würm reciente) de población más o menos agresiva de *H. s. fossilis* de origen oriental. En el caso del Perigordiense, horizonte cultural que se manifiesta en el Paleolítico Superior en cierto modo paralelo al Auriñaciense, el problema a resolver se presenta más complejo porque al parecer resulta de la evolución *in situ* del Musteriense de tradición achelense. Tal planteamiento no deja de tener su interés ya que plantea la realidad de que los homínidos creadores de la llamada civilización perigordiense son tan *H. s. fossilis* (Combe-Capelle, Dordoña) como pueda serlo el hombre de extracción oriental que va a sentar sus reales en Aurignac. De aquí, que urja revisar a escala internacional la cuestión de quién pudo ser el artífice de la llamada industria musteriense de tradición achelense, aún no resuelto. ¿Se trata de un tercer *H. sapiens* (*H. s. aurignaciensis*)? Interrogante que es muy posible que puedan responder próximos hallazgos en el Würm antiguo, y que quizá den por lo que se refiere a la re-

gión astur-cantábrica otra posibilidad a la hora de atribuir las industrias del Paleolítico Medio.

b) Las industrias del Paleolítico Superior

Henos ahora ante horizontes industriales que nos son mucho mejor conocidos que los que se refieren al Paleolítico Inferior y Medio, mas, tras las contribuciones modélicas de H. Breuil, H. Obermaier, E. Hernández Pacheco, R. Duque de Estrada, F. Jordá, I. Barandiaran, J. González Echegaray y otros. Configurada ya con el Paleolítico Superior la llamada Provincia cántabro-aquitana, quizá Asturias haya de ser considerada el apéndice sub-occidental de la misma. No obstante, es indudable que los fenómenos culturales que hayan de estudiarse en ella no podrán ser tratados con independencia de toda la región cantábrica que a partir del Paleolítico Superior y de las fases más recientes de Würm servirá de asiento a grupos étnicos del *H. sapiens fossilis*, que hermanados con los del resto de Europa darán vida sucesivamente a una serie de etapas culturales en las que se contesta con respuestas comunes a situaciones similares. De aquí que el estudio del Paleolítico superior en Asturias esté profunda e insolublemente vinculado al de toda la región cantábrica aun cuando a veces pueda hablarse de diferencias locales o comarcales, debidas en su mayor parte a reacciones de los respectivos sustratos. Precisamente en la excavación de la Riera lo puso recientemente en evidencia M. Pérez y Pérez (1972).

Hoy, sin embargo, nuestros conocimientos no son tan friamente rígidos como los que brindarían las taxonomías impuestas por el evolucionismo y las Ciencias Naturales en el primer cuarto de nuestro siglo por H. Breuil, H. Obermaier y Vega de Sella, a raíz de excavaciones que si en su tiempo fueron modélicas, hoy, con el avance de la ciencia, no nos parecen tanto, mas al dejarnos yacimientos como por ejemplo el de la cueva del Castillo —no publicado—, subsumidos en una sucesión de etapas rígidas e invariables productoras de estra-



YACIMIENTOS CONOCIDOS EN 1974 DEL PALEOLITICO SUPERIOR DE ASTURIAS

- | | |
|--------------------------------------|--|
| 1. Cueva Oscura (Gozón). | 19. El Cierro (Ribadesella). |
| 2. San Román (Candamo). | 20. Coberizas (Llanes). |
| 3. La Paloma (Las Regueras). | 21. Arnero (Llanes). |
| 4. La Cruz (Las Regueras). | 22. Bricia (Llanes). |
| 5. Las Mestas (Las Regueras). | 23. Trescalabres (Llanes). |
| 6. Sofoxó (Las Regueras). | 24. El Cueto de la Mina (Llanes). |
| 7. Udrión (Las Regueras). | 25. La Riera (Llanes). |
| 8. Las Caldas (Oviedo). | 26. Fonfría (Llanes). |
| 9. C. del Conde (Santo Adriano). | 27. Balmori - Quintanal (Llanes). |
| 10. Ferrán (Piloña). | 28. Coimbre (Peñamellera Alta). |
| 11. Collareu (Piloña). | 29. Trauno (Peñamellera Alta). |
| 12. Aviau (Piloña). | 30. La Franca (Ribadesella). |
| 13. La Viesca (Ardines-Ribadesella). | 31. La Loja (Peñamellera Baja). |
| 14. Tito Bustillo (Ribadesella). | 32. Llonín (Peñamellera Alta). |
| 15. La Lloseta (Ribadesella). | 33. Los Azules - Contranquil (Cangas de Onís). |
| 16. Cova Rosa (Ribadesella). | 34. La Huelga (Cangas de Onís). |
| 17. La Cuevaona (Ribadesella). | 35. Collubil. |
| 18. San Antonio (Ribadesella). | |

tos, cuya interpretación se hacía muchas veces en virtud del intuicionismo, más que basado en técnicas que hoy suele aplicar el estudioso. La comparación que puede hacerse entre cualquier contribución bibliográfica de esta época, por otra parte heroica y pionera, de la prehistoria astur-cantábrica, con aportaciones recientes, constituye de por sí un testimonio significativo. Se estudia, como ha apuntado muy oportunamente Jordá «nada menos que un proceso histórico y no una simple sucesión de niveles geo-arqueológicos».

1. *El ámbito auriñaciense.*—El llamado auriñaciense, horizonte cultural e industrial tipificado en Francia, y en la base del Paleolítico Superior, dejará en toda la región cantábrica un determinado número de yacimientos que acusan una cierta uniformidad en sus materiales. Con dicho horizonte se ha impuesto la utilización industrial del hueso, junto al de la piedra. La región astur, con los hallazgos logrados, nos permite conocer bien el desarrollo que alcanza el Auriñaciense I, llegado del SW. francés, fase caracterizada por la presencia de puntas de hueso de base hendida, raspadores aquillados y hojas estranguladas. Así se señalarán la presencia de niveles industriales auriñacienses en las cuevas del Conde (Obermaier 1916) y de Arnero (Obermaier 1925), ambas en Asturias. Fuera del Principado son notables los hallazgos hechos en Santander (Hornos de la Peña El Castillo, Salitre y Morín) y en el País Vasco

En la mayoría de los casos todos estos yacimientos, por lo general se encontraban en el vestíbulo de grutas. Los niveles más completos son los de Cueva Morín en Santander, donde recientes hallazgos han subrayado la presencia de puntas de hueso de base hendida. Desde tiempos atrás, diversos tratadistas y particularmente Jordá han hablado por otro lado del impacto del sustrato musteroide en el Auriñaciense cantábrico, hecho éste, que se aprecia claramente en la cueva astur de El Conde, estudiada por él, con posterioridad a Obermaier y Vega de Sella y en la que, como vimos, sobre un nivel musteriense con denticulados encontraría lo que llamaría «auriñaciense de denticulados». En la cueva del Cierro (Ribade-

sella) también se ha encontrado un nivel auriñaciense con claras resonancias musterienses.

Todo ello parece poner en evidencia que en lo que se refiere a Asturias el auriñaciense típico cantábrico no aparece excesivamente representado, mostrándose en la mayor parte de los casos asociado a sustratos musterienses, lo que obliga quizá a pensar, sino en un desarrollo autónomo, en una acusada reacción de sustratos musteroideos, lo que produjo una especie de miscegenación o adaptación industrial. En el abrigo de Cueto de la Mina (La Riera, Posada de Llanes) Jordá pretendió asimismo encontrar un Auriñaciense algo diferente al que encontró el Conde, aún teniendo en cuenta el material empleado, en los utensilios, que si en la Cueva del Conde es cuarcita, en Cueto de la Mina alterna con sílex. Dentro de su desarrollo autónomo, en las cinco etapas auriñacienses que la cueva del Conde presentó a Jordá es muy posible que pueda admitirse un paralelismo con las cinco señaladas para el auriñaciense francés. No obstante, la marginación en que se encuentra la región cantábrica y particularmente Asturias, del foco cultural que parece constituir el Perigord, tendrá su repercusión a la hora de arribar a la región astur-cantábrica, formas de comunicación, como aquellas que impondrán la utilización del arte rupestre y mobiliario.

2. *El ámbito perigordense.*—Establecida su importancia sobre todo a raíz de las investigaciones del prehistoriador francés, D. Peyrony, que introduciría en la Prehistoria la denominación de *Perigordense*, ha pasado a figurar en los manuales clásicos como una secuencia integrando cinco fases que recientemente han sido reducidas a cuatro —*inferior, medio, superior y final*—. Quizá incluso pudiera prescindirse de la primera —la fase inferior, conocida como *Chatelperronense*, con lo que nuestra visión del Perigordense se hace más clara, permitiéndonos generalizar dicho nombre para la totalidad del ámbito, sobre todo al referirnos a la región cantábrica, donde nada nos permite no sólo hablar de Perigordense Inferior, o Chatelperronense (excepto quizás, según últimas indagaciones en Cueva Morín, Santander), sino incluso de Peri-

gordiese Medio, como no sea ante determinadas evidencias de El Castillo (Puente Viesgo). Únicamente se pueden vislumbrar niveles de Perigordiese superior y al que preferimos llamar llanamente y simplificando, *Gravettiense* a secas siguiendo las pautas impuestas por L. Pericot, F. Jordá y últimamente J. González Echegaray e I. Barandiarán Maeztu.

Los niveles gravettienses más significativos de la franja astur-cantábrica se encuentran quizá en el abrigo de Cueto de la Mina (Asturias), siendo posiblemente más abundantes en Santander (El Castillo, el Pendo) y Cueva Morín y más vigentes y numerosos en el País Vasco (Balinkoba, Santimamiñe y Lumentxa), no faltando prolongaciones por la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica, como las que nos ofrece el nivel gravettiense prospectado en el Abrigo de la Aceña (Burgos), por Breuil y Obermaier.

Vega del Sella y después Jordá han estudiado el Gravettiense del Cueto de la Mina, no excesivamente típico y hasta el punto de que más que interpretarle como tal se considera un nivel de transición, tras revisar el «fósil director», concretamente una punta que dio lugar a tal atribución, punta que hoy nos parece simplemente aurifiaciense y en la que faltan por completo los retoques de tipo abrupto. No obstante quizá puedan considerarse gravettoides las azagayas de marfil halladas entre los materiales óseos de dicho nivel que por su forma cilíndrica y alargada, su base apuntada con muescas circulares para su enmangado, y por la naturaleza del material empleado (marfil de *Mammuthus primigenius*), puede muy bien referirse a los tiempos gravettienses aunque también a una fase transicional.

No obstante no haberse encontrado en El Cueto de la Mina especímenes industriales líticos de borde rebajado con retoque abrupto, que caracterizarán al Perigordiese, les encontraremos en Cueva Morín, con puntas de muesca atípicas y posibles *puntas Font-Robert*, situadas en el *Perigordiese V*. Ello nos hace suponer que esta facies industrial denominada Perigordiese por los franceses únicamente penetra en la región cantábrica en sus fases finales (*Perigordiese IV*), carac-

terizada por la *punta de la Gravette*, y *Perigordienne V* por la punta de Fort-Robert, dejándonos un interrogante ante los dos supuestos niveles pre-gravettienses, que en su tiempo fueron identificados en la Cueva del Castillo y cuyo conocimiento actual y revaluación quizá nos llevase a una mejor comprensión de la penetración de los perigordenses en la España septentrional, penetración realmente escasa ya que, hasta el momento, sólo se conocen una decena de yacimientos, pero que debió tener cierta importancia al alcanzar la técnica del borde rebajado patente difusión en la Península, que trascendiendo por rutas meridionales (recuérdese el Abrigo de la Aceña en Burgos), y por el País Vasco, parecen subrayar el impacto logrado, impacto que da al Gravettiense una extensión inusitada en la Península durante todo el Paleolítico Superior, hasta el punto que la autoridad de L. Pericot hará homónimos, en una obra hoy clásica, a los gravettienses con los «primeros españoles».

No obstante, si se examina en conjunto el complejo auriñaco-gravettiense hispano y lo comparamos objetivamente con el constituido por el complejo auriñaco-perigordense, que nos presenta el Occidente francés, no parece acusarse una excesiva afluencia demográfica. Téngase en cuenta que, si en la Península Ibérica se registran una decena de yacimientos, sólo en el Perigord francés se encuentran unos 60 y de ellos unos 38 atribuidos al nivel gravettiense. De aquí, que la posible ocupación territorial de la región cantábrica por obra de gravettienses se nos presente muy aleatoria, a la hora de estudiar las etapas y tipos.

Por esto, quizás pueda resumirse en esta primera etapa del Paleolítico Superior hispano y dentro de la región astur-cantábrica, el fenómeno cultural auriñaco-gravettiense, en: a) Una penetración de elementos ya industriales ya culturales del Auriñaciense I, procedentes de Francia que se superpone y mestiza a una industria musteroide anterior, de denticulados, muy posiblemente obra de un *H. sapiens sapiens* no Neanderthal, sino, más bien, un neo-ántropo aún no identificado; b) Una posible segunda penetración auriñaciense con elementos más avanzados, de los que nos da quizá evidencia la Cue-

va del Cierro (Ribadesella); c) Dos posibles intrusiones pregravettienses (que habrían quedado reflejadas en el Castillo y equivalentes a fases del Perigordense Medio francés, y d) Una penetración industrial cultural y étnica que presenta una cultura material y espiritual gravettense (Perigordense IV y V), quizá más importante de lo que los documentos arqueológicos parecen señalar, y que aún no nos es bien conocida.

3. *El Solutrense en Cantabria y sus problemas.*—El complejo industrial que sucede en toda la Europa occidental, incluida la Península Ibérica y por ende a la España Septentrional a las industrias perigordense y auriñaciense, lo constituye el Solutrense, objeto de estudios aún recientes de P. Smith (1966) y los actuales del joven estudioso norteamericano L. G. Straus (1973 *passim*), que ha sometido a revisión diversos materiales asturianos *. Dejando aparte la consideración de otros posibles focos originarios y que dio vida a ingeniosas lucubraciones hoy desechadas, como aquella de L. Pericot que pretendió vincular los orígenes del Solutrense al de ciertas industrias del Ateriense y Esbaikiense africano, de forma que el Solutrense no sólo hispano, sino incluso europeo tendrían un origen extracontinental (tesis ésta que pareció verse apoyada por estudios de Miss Caton-Thompson), y las consideraciones de Breuil y Santa Olalla que verían un foco del mismo en el centro de Península, en el valle del río Manzanares, hoy parecen privar las tesis de Philip E. L. Smith quien partiendo de los estudios de D. Peyrony que situó la cuna del Solutrense en el departamento francés de Gard, de donde emergerían tres grupos étnicos, sugiere que el Solutrense pudo surgir en la cuenca baja del Ródano, a partir de un Auriñaciense influido por un Musteriense tardío, que daría nacimiento al proto-solutrense y que a su vez desembocaría en Solutrense Inferior, Medio y Superior, cuyas características industriales no corresponde aquí detallar.

Lo que sí parece indudable es, que del Proto-solutrense y Solutrense Inferior aparecen en Asturias claras evidencias er-

(*) L. G. Straus. «Notas preliminares sobre el Solutrense de Asturias», *Bol. del I.D.E.A.* 82, 1974.

gológicas. Así en Cueto de la Mina caracterizándose por la presencia de puntas de cara plana. A su vez el nivel de la covacha de la Peña de San Román de Candamo, junto al célebre santuario paleolítico y que por diversos tratadistas fue considerado como perteneciente al Solutrense Inferior deberá ser incluido en el Solutrense Final, dado que sus especímenes tras haber sido revisados, no presentan realmente elementos propios del Proto-solutrense y por el contrario se ve entre ellos una punta losángica propia de las etapas finales del Solutrense que aparece en Cantabria. Tales evidencias hacen sugerir la revisión de materiales que hasta fecha reciente también se consideraban pertenecientes al Solutrense Inferior y Medio al haber sido extraídos de niveles considerados como tales en las cuevas santanderinas de Hornos de la Peña y Castillo. Por otra parte el nivel solutrense inferior de Bolinkoba (País Vasco) no es más claramente proto-solutrense, aún cuando parezca unido a supervivencias gravettienses, dado que los elementos proto-solutrenses son raros y de difícil identificación y posiblemente podían pertenecer a un Solutrense Medio. Aparte de estos niveles, faltos quizá de una revisión actual, puede decirse con Jordá que en la región cantábrica no se da una expansión clara y definida del Proto-solutrense, ofreciéndonos dicho nivel muy diversa problemática, cosa que no ocurre con los restantes niveles inferior, medio y superior, de los que particularmente los dos últimos revisten en la región astur-cantábrica formas típicas y especiales que permiten, más tras la investigación de M. S. Corchón, hablar de un «Solutrense de facies cantábrica» en las primeras fases, vinculadas con elementos industriales del Solutrense medio francés, aunque con una orientación particular que perdurará en los niveles del Solutrense superior. Su desarrollo quizá pueda ser caracterizado por las fases siguientes, teniendo en cuenta que en España el proto-solutrense parece más bien vinculado o estudiado con el *Auriñacense* típico:

Fase I.—Prolongaciones proto-solutrenses (puntas de cara plana) puntas foliáceas de base convexa. Aparición de tipos losángicos o de base en ángulo.

Fase II.—Puntas en muesca de talla bifacial. Apogeo de

tipos losángicos. Tipos foliáceos de base convexa, azagayas óseas con aplanamiento central. (*acmé*).

Fase III.—Puntas de base cóncava, puntas de muesca. Falta de tipos foliáceos. Azagayas con aplanamiento central (*ocaso*).

En la fase I, es necesario integrar, dentro de toda la región cantábrica, el nivel solutrense de la Gruta del Castillo, de Hornos de La Peña, y de El Pendo (Santander), con una cierta transición a la fase II. A esta fase II cabe achacar la parte inferior del gran horizonte solutrense del Cueto de la Mina así como el de Tres Calabres, en el solar astur. En el País Vasco presentan niveles al parecer del Solutrense Superior las cuevas de Bolinkoba y de Emitya.

La fase III según Jordá parecen constituirlos niveles de la parte media del abrigo del Cueto de la Mina, así como de la cueva de La Riera, ambos en La Llera (Posada de Llanes, Asturias), los de Altamira, El Pendo, La Pasiega, y otras de la provincia de Santander, así como las capas superiores del nivel solutrense de Bolinkoba.

Sin embargo la fase IV aparecerá representada en los niveles superiores del Cueto de La Mina y de la Cueva de Balmori, también en Asturias y en Santander por la parte superior de los niveles de Altamira y la Pasiega.

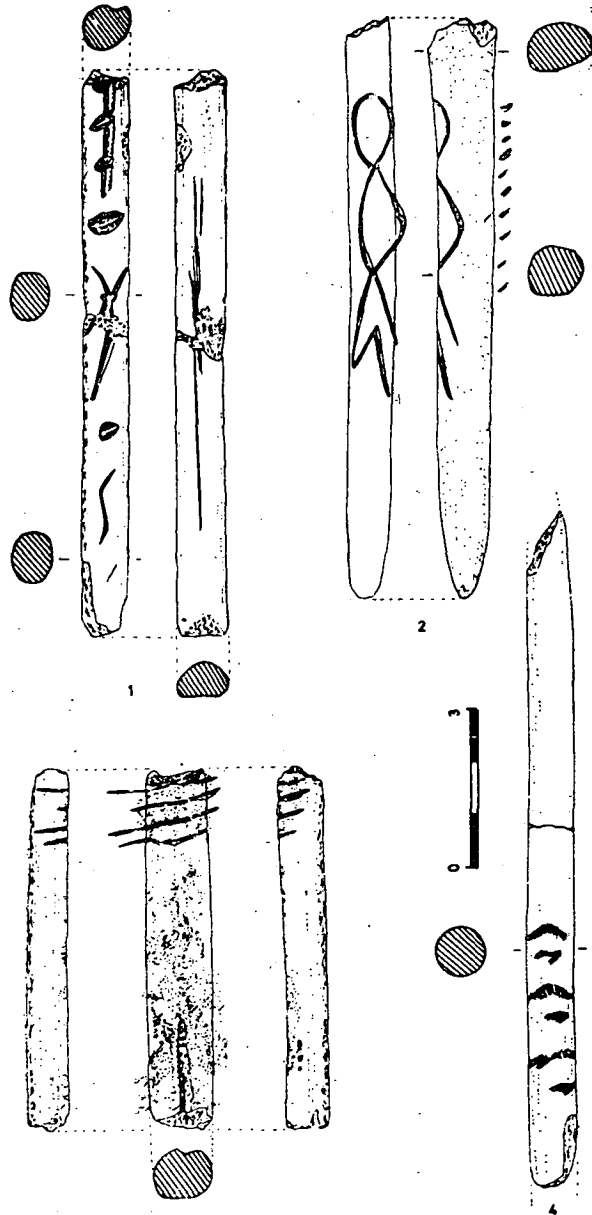
Entre los niveles II y IV se da la gran época del Solutrense astur-cantábrico, aún cuando ignoramos, dado que las investigaciones sobre la cuestión no pueden darse por concluidas, hasta qué punto puede hoy hablarse de una traslación de formas de ejecución, desde la región astur-cantábrica a la región pirenaica, como no sea en la vertiente hispánica de dicho sistema montañoso.

A. F. Jordá Cerdá y a su discípula M. S. Corchón, debemos quizá los más cuidados y actuales estudios llevados a cabo en España sobre el fenómeno solutrense y sus manifestaciones en la Península Ibérica, al acentuar el hecho de que tras el *pandemonium* impuesto por la bipolaridad auriñaco-perigordiese, los creadores del Solutrense cántabro-aquitano, quizá obedeciendo a su subconsciente arcaico retornaron en un *re-*

flux de los sustratos al camino ya recorrido, nada menos que a partir del Paleolítico Inferior, aunque adaptada dicha técnica a la industria foliácea en boga entonces entre los detentadores de horizontes perigordieneses o gravettienses. Su triunfo fue posiblemente en un principio fulminante, llegando quizá hasta el Rhin, pero este mismo triunfo y su expansión en un área relativamente amplia, traerá con el tiempo su descomposición en facies regionales, que aún dentro de idénticos criterios técnicos desembocan en un polimorfismo de utillaje (puntas de base convexa, de base cóncava, de aletas y de pedúnculo), hecho éste que traerá *a posteriori* lo que F. Jordá ha llamado «disolución del mundo solutrense».

Se pregunta Jordá las causas de tal disolución y si éstas obedecieron al arcaísmo de la misma técnica utilizada. Ahora bien, caviladas las formas utilizadas para el retoque por presión y percusión, que tendían a dar a la superficie de la hoja una bella forma escamada, que será utilizada incluso en la América prehistórica, quizá por invención independiente no cabe hablar de tal arcaísmo, sino más bien en un estilo de «estética industrial» que como todos, según ha demostrado recientemente G. Dorflès, conocen su momento preciso de triunfo pero también de agonía. El medio a depredar que por otra parte exigía tal utillaje se deterioró por lo que se abandonaría la técnica bifacial por la del retoque abrupto en el borde, cosa que se da primeramente en las regiones mediterráneas a las que ha llegado el Solutrense (Parpalló, etc.), siendo sustituidas por puntas de muesca de tendencia microlítica y talla de borde rebajado. No obstante esta permutación de tipos de útiles no se dará simultáneamente en todas las regiones peninsulares a las que llegó la técnica de las puntas foliáceas escamadas de talla bifacial, y la región astur cantábrica, así como la pirenaica, haciendo gala de su marginación y el estatismo y cuasi-inmovilidad que le impone ésta, seguirá empleándola durante por lo menos un milenio más, ejecutando puntas de pretendida talla bifacial, que, únicamente en concretos casos nos muestran ya un retoque por una sola cara.

Por otro lado conocidos tratadistas, basados en la evidencia de diversas puntas foliáceas bifaciales del horizonte solu-



Varilla y punta grabadas (1 y 2); varilla incisa, pintada de ocre (3), y varilla azagaya con surcos (4) de la Cueva de Sofoxó, en Las Regueras, Asturias. (Según S. Corchón)

trense, han introducido en conocidos manuales de Prehistoria el tópico de que los solutrenses —de los que realmente carecemos de restos paleontológicos— pudieran ser muy bien los inventores del arco y la flecha. Tal y como tradicionalmente se viene repitiendo en diversos manuales de Prehistoria, aún cuando según nuestra opinión personal la invención del arco tuvo lugar en las sabanas africanas hoy sustituidas por el desierto de Sahara y en algún momento del *capsiense* libico (¿Hava Fteah?) pudiendo pasar de allí, a los cazadores mesolíticos del Levante español y a otras sociedades coetáneas de Europa (Sauveterre y Martigues en Francia, Star Carr en las Islas Británicas, etc.) Las puntas foliáceas solutrenses, estudiado el centro de gravedad de las mismas, parecen más bien propias para ser utilizadas en jabalinas, azagayas, o lanzas que para armar flechas o venablos tirados por esa *máquina*, que constituye el arco y cuya invención a nuestro juicio sólo puede ser conseguida en un nivel tecnológico, que dudamos hubieran alcanzado los solutrenses europeos. Asimismo las elucubraciones, de diversos autores, ante las puntas pedunculadas o con aletas, del Solutrense de la vertiente mediterránea, pueden muy bien dejar suponer la existencia de tal logro técnico, más ante la excelencia del arte parietal levantino, con representaciones de arqueros que era considerado fruto del genio artístico de cazadores *paleolíticos*, hermanos de aquellos que legaron el arte rupestre cántabro-aquitano. Hoy al situar muchos tratadistas el medio en que se desarrollaron dichos artistas en el Mesolítico la situación ha variado, no existiendo realmente pruebas fehacientes que permitan seguir manteniendo sobre bases arqueológicas tal afirmación.

Diversos autores a su vez nos presentarán a las gentes solutroides poco dadas a expresiones artísticas. Tal cuestión al trascender de los límites de este artículo no la trataremos aquí.

Independientemente de lo que se diga asimismo más adelante al hablar de las expresiones sociales del hombre paleolítico, puede empero, hacerse hincapié aquí de la movilidad territorial que lograron tener los grupos solutrenses en un medio en el que imperando industrias de borde rebajado, ter-

minaron por imponer su técnica de tallado bifacial adaptada a industrias foliáceas. Henos ante gentes, posiblemente de organización tribal, que hubieron de enfrentarse a condiciones climáticas desfavorables de la glaciación würmiense (Würm III), que dificultaron su nomadismo cinegético, a la vez que el cambio social. Este hecho, así como determinadas realidades paisajísticas nos explica quizá el posterior fraccionamiento del universo solutrense, dando lugar a grupos que lograron supervivir con cierta autarquía e independencia, hasta ser absorbidos por las gentes que impondrán el Magdaleniense (fase I y II), en la Europa occidental. Ello no es obstáculo para que en la primera fase de este horizonte industrial o cultural el Solutrense siga viviendo marginalmente en diversos lugares de la Península, ya en los Pirineos, ya en el litoral levantino (Cueva de Parpalló), hasta la arribada del Magdaleniense III cuya potencia no sólo anega toda la zona cantábrica hasta entonces resistente, sino que llega a la Meseta e incluso a la vertiente atlántica de la Península.

4. *El Magdaleniense europeo y su recepción en el ámbito astur-cantábrico.*—Identificada y tipificada por vez primera en la gruta de La Madeleine (Le Eyzies, Dordoña, Francia), el Magdaleniense proporcionará junto a una industria ósea, ordenada por Breuil (1912) y una industria lítica estudiada a su vez por Cheynier (1939), junto con numerosas obras de arte mueble. Al mismo H. Breuil, debemos la visión estructurada del Magdaleniense (1954) y en la que nos muestra su sucesión de industrias óseas (Magdaleniense I-VI), sucesión a cuyo establecimiento contribuirían asimismo trabajos posteriores de Allain y Fritsch (1967) y Schmider (1968), ya complicada por otra parte no sólo con la irrupción del término de Badeguliense (de Badegoule, Dordoña), sino también por la diferenciación del Magdaleniense O, vislumbrado por F. Bordes, entre el Solutrense y el Magdaleniense I, de Lauge-rie-Huate (Francia).

El estudio pormenorizado llevado a cabo en los últimos años en la región astur-cantábrica, nos presenta empero las naturales discordancias cronológicas con el Magdaleniense

francés, más temprano al hispano *. Téngase en cuenta que el Solutrense como fórmula industrial ha pervivido no sólo en la Iberia septentrional, sino también en los Pirineos mucho más tiempo que en otras regiones francesas o más próximas a su aparición, como parece probarlo el hecho que el Magdaleniense no penetra en estas regiones más que cuando se trata del Magdaleniense III. A partir de este desfase, el Magdaleniense astur-cantábrico, sigue normalmente su despliegue de acuerdo con la clasificación breuliana, aún cuando adquiere muchas veces formas específicas y propias que parecen indicar una cierta autonomía cultural. De aquí que a la hora de estudiar en la Península Ibérica y concretamente en la región septentrional el desarrollo del Magdaleniense haya de prescindir de las clasificaciones clásicas y únicamente podamos hablar de cuatro fases:

I. *Magdaleniense antiguo (inferior o formativo)*.—Coetáneo al Magdaleniense III francés, a cuyo ambiente cultural parece pertenecer aún cuando se den elementos propios en la región cantábrica, como, verbigracia, la azagaya aplanada en su tercio inferior derivada de la azagaya de aplanamiento central, propia del Solutrense cantábrico. El instrumental lítico está constituido por cuarcita o sílex. Con cuarcita se ejecutan útiles que a veces recuerdan técnicas del Paleolítico Inferior y Medio. Forma típica la constituyen las raederas o raspadores muy gruesos en forma de pera. Ejecutadas en sílex, aparte del utillaje general, aparecen gran cantidad de hojitas (*lamelles*) de borde rebajado y microburiles. El instrumental óseo, aparte de la azagaya cantábrica, presenta las formas corrientes monobiseladas en secciones diversas.

A este nivel pertenecen hallazgos llevados a cabo en El Cuelo de la Mina, la Lloseta, la Cueva, la Loja, Viesca y La Paloma en el mismo Principado de Asturias. De Santander caben recordarse los hallazgos de las cuevas de El Castillo,

(*) Esperamos que la próxima publicación de la tesis doctoral de J. A. Moure Romanillo, *El magdaleniense superior y aziliense, en la región cantábrica española* (1974), ponga al día algunas de las cuestiones que se tienen planteadas los paleolíticos.

Altamira y la Pasiega y del País Vasco-navarro, los de Berroberia y Bolinkoba.

II. *Magdaleniense Medio*.—Fase apenas caracterizada en la región astur-cantábrica. Su industria aparece sobre todo constituida por cuarcita, siendo escasos los útiles de sílex. Por el contrario son muy abundantes los buriles. Instrumento característico de esta etapa la constituye la azagaya de base horquillada o hendida, que demuestra a las claras su dependencia del Magdaleniense francés, aún cuando tales «fósiles directores» sean realmente escasos. A Jordá se debe la módica definición de dicha fase o nivel llevada a cabo en El Cueto de la Mina. Le volveremos a encontrar en las cuevas de Balmori y la Lloseta, también en el Principado, no disponiendo de hallazgos concretos referidos a tal nivel en Santander y en el País Vasco.

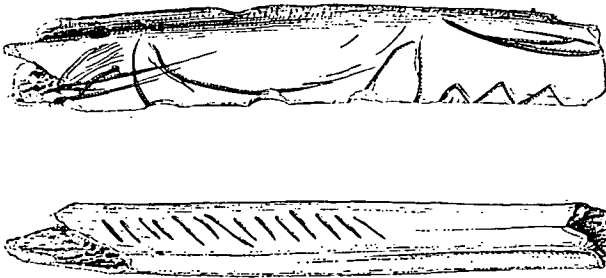
III. *Magdaleniense Superior A*.—Hemos ante otra fase que parece guardar cierto paralelismo con el Magdaleniense V francés y que quizá podríamos denominar Magdaleniense cántabro-pirenaico, ya que los yacimientos en que se dan sus «fósiles directores» proliferan en dicho ámbito.

El utensilio definitorio de la etapa lo constituye el *arpón pluridentado* (unilateral) de ganchillos en una sola fila y cuya base presenta ya un orificio basal que encontramos tempranamente en Laugerie-Basse (Les Eyies) y que se hará típico de los arpones cantábricos, ya una protuberancia característica más corriente en Francia. No son raros los bastones perforados a nuestro juicio restos de percutores chamánicos de tambores, según la evidencia de la etnografía comparada (lapones, etc.), o destinados a otra función (enderezadores de estilos de venablos, guías de trenzado, etc.), siendo frecuente en ellos decoraciones de tipo ya animalístico, ya geométrico, etc. El descubrimiento reciente de restos de un «*batón de commandement*» en el yacimiento paleolítico de la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella) y en trance de ser publicado por J. A. Moure Romanillo, puede servirnos de ejemplo. La industria lítica repetirá tipos de etapas anteriores y las hojitas de borde abrupto son numerosas. Simultáneamente se dará toda una

industria de cuarcita, fruto de la reacción de los sustratos y muy propia de toda la región cantábrica.

Se han encontrado en el Principado de Asturias niveles industriales atribuidos a esta etapa en El Cueto de la Mina, La Riera, Bricia, Sofoxó. En Santander pueden recordarse los hallazgos de las Cuevas del Castillo, Camargo, Cobalejos, El Pendo y Morín. Al País Vasco podrían recordarse los hallazgos de Santimamiñe, Lumentxa, Hermitya, Aizbitarte. Los yacimientos de Peña Coba y Caballón en la provincia de Burgos, situados en la vertiente meridional de la cordillera cantábrica, pueden quizá asimismo ser considerados como una expansión hacia el S. de dicha fase industrial.

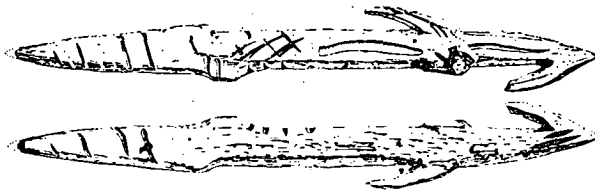
IV. *Magdaleniense Superior B.*—Quizá quepa considerarle paralelo al Magdaleniense VI francés, que tiene como tipo instrumental característico y fósil director, los arpones dísticos de sección redonda en los niveles inferiores (VI a) y romboidal en los horizontes superiores (VI b), coexistiendo con ellos los arpones multiganchos unilaterales y agujas, azagayas y varillas (*baguettes*) de todo tipo. En esta fase el instrumental lítico tiende a perder importancia encontrándose corrientemente lascas de piedra y cuarcita sin una forma definida.



Hueso decorado del Magdaleniense Superior de la Cueva de La Paloma. (Según S. Corchón).

Constituye ésta, en lo que se refiere a la región astur-cantábrica, una etapa mal conocida, ya que sólo han podido

conocerse los documentos que ha brindado la cueva de La Paloma en Asturias y los yacimientos de Rascaño y Valle, en Santander. Se han desechado definitivamente los arpones encontrados en la discutida Cueva de Lledias (Llanes), presentados, según F. Jordá, por un falsario, que de esta forma intentó autentificar el arte rupestre inventado en dicha cueva y tenido como apócrifo por los especialistas.



Arpón de doble hilera de dientes del Magdaleniense Superior de la Cueva de La Paloma. (Según S. Corchón).

Con la enumeración y somera descripción de las cuatro fases que cabe ver en la facies hispánica del Magdaleniense no terminan ni mucho menos los problemas que plantea, a la hora de conocer su significación dentro de todo el Magdaleniense europeo, que, como es bien sabido, aparte de sus productos industriales y culturales, se ha venido considerando hasta prácticamente hoy el acmé del mundo cuaternario, y en el que parece imponerse el tipo humano diferenciado en Chancelade (abrigo de Raymond, Chancelade, Dordoña) y del que desgraciadamente se desconoce, que sepamos, inhumación alguna en Asturias. Sus enterramientos se caracterizarán empero, por el uso del ocre, presentando al deceso en posición forzada, como si hubiera sido atado antes de ser enterrado. La capacidad cerebral de este hombre, al que quizá pudiéramos atribuir al arte rupestre de la cueva del Ramu o Tito Bustillo, es superior a la del hombre moderno, caracterizándose por la altura de frente, peraltado; la parte media del cráneo en forma ojival, pómulos salientes y mandíbulas robustas. No muy alto (1,60 metros) algunos lo han emparentado a gentes esquimoides actuales, sugerencia ésta, bastante discutida por Piveteau (1957) con quien coincidimos.

V. *El marco geológico, climático y paisajístico del Post-Würm.*—Con la clausura de los tiempos magdalenienses, el ámbito cántabro-aquitano se abre al llamado Holoceno, Post-glaciar, Post-Würm o Neotermal, período al que se le da aproximadamente como máximo una docena de milenios de duración con anterioridad a la entrada de nuestra Era. Clásicamente se ha dividido el Holoceno en varias épocas, algunas de las cuales, por pertenecer al objeto de estas páginas habremos de tratar: así el *Mesolítico*, en la que aún sigue determinando la existencia humana la caza y la recolección de frutos naturales, es decir, la depredación de la naturaleza; el Neolítico, que supone una trascendental transformación económica con el descubrimiento de la agricultura («La revolución neolítica» de V. G. Childe; el «Agrolítico» de A. Varagnac), así como la domesticación y cría de animales en cautividad (ganadería), y finalmente la *Edad de los Metales*, que a su vez se dividirá en dos grandes períodos, el de utilización del Bronce, y posteriormente el de la imposición del Hierro. Tras este último se inicia la Protohistoria propiamente dicha, con el auge de determinados medios de comunicación que culminan en el descubrimiento de la escritura alfabética (1.400 a. de C.), y por fin la *Historia*.

La duración de todos estos periodos del devenir histórico del *Homo Sapiens*, es muy variable y aparece siempre en función del marco geográfico y de la situación de éste en relación con los llamados *focos de invención* (primarios) y *focos potenciadores* (secundarios). Por otra parte, logros como la escritura conocen diversas fases, ya que no es igual la escritura jeroglífica, que data de 4.500 años a. de C., de la escritura alfabética mucho más tardía y que no llega a Asturias prácticamente más que hasta el siglo I, con la Romanización. La Protohistoria del NW. y de la región astur-cantábrica, que se inicia quizá, no en el momento en que tal ámbito conoce el hierro, sino entre éste y la conquista romana, se nos presenta contemporánea a los tiempos históricos del Próximo Oriente. Es una *Parahistoria*.

Con la imposición del Holoceno el clima de la Europa atlántica, aunque templado, presentará sensibles variaciones

de calor y humedad que repercutirán sobre los bosques y paisaje de toda la Península, y particularmente de la España septentrional. Estudios llevados a cabo en los últimos lustros y basados en la llamada *palinología* o análisis de los polenes y otros métodos modernos de datación, han permitido diferenciar cinco grandes períodos o etapas:

1.º *Período Pre-Boreal* de duración relativamente corta (del 8.200 a 7.900 a. C.). Los pinares invaden antiguas estepas; es posible que en el estadio de Alleröd (del 9.500 al 8.000 a. C.) los pinares logran un cierto progreso, hecho que persiste hasta el Dryas III en numerosos lugares abrigados, de donde su muy rápida extensión al Pre-Boreal.

2.º *Período Boreal*, de 7.900 al 6.200 a. C., y en el que durante dos milenios calor y sequedad permiten a la encina de hoja perenne remontar no sólo por toda la vertiente cantábrica, y llegar a Normandía. A su vez tomarán un gran auge las nogaleras.

3.º *Período Atlántico*, del 6.200 al 3.300 a. C., es decir, aproximadamente unos 2.900 años que aparecen señalados por la humidificación de un clima aún caliente. Del Dryas II hasta el fin del pre-boreal, el mar pasa de la costa, menos 100 mts. alrededor de la costa a 20 mts. Durante el Boreal y el Atlántico una elevación de una veintena de mts. provocará un relleno de estuarios por turbas, *vasos* o arenas marinas.

4.º *Período Sub-Boreal*, de duración de unos 2.650 años, de 3.300 a 650 a. C., con un clima más fresco con alternancias de sequía y humedad; el bosque denso, frondoso y difícilmente penetrable, cede paulatinamente su puesto a los campos cultivados, a las praderas y al paisaje deforestado destinado a convertirse en pastizal. Con la deforestación, la fauna salvaje se rarifica con excepción de pequeños roedores más o menos esteparios que se instalan en los campos cultivados y graneros; la deforestación provocará asimismo un recrudescimiento de la erosión que tiende a arrastrar por las pendientes las tierras cultivables, sobre todo en la región mediterránea, donde la agricultura debe concentrarse en depresiones, «ollas» y llanuras irrigadas.

5.º *Periodo sub-Atlántico*, que parece es anterior al 650 antes de nuestra Era, la humanización del paisaje se va logrando en gran parte de Europa. Hoy el estudioso puede reconstituir por medio de diagramas polínicos; pero la historia climática puede apoyarse sobre testimonios escritos y para los dos últimos siglos, sobre medidas precisas, incluso termométricas que ponen de relieve variaciones menores, aún no bien si fenómenos tales como son una breve fase de recalentamiento debida a una brusca subida de algunos metros del Océano Atlántico, y que conoció el Bajo Imperio de Roma, o el mismo descenso entre los siglos XVI y XIX del límite del cultivo en la viña podrían interpretarse como indicios de enfriamiento, e incluso si el siglo actual puede considerarse como más templado. En realidad es ésta un acuestión que desborda nuestro discurso y tendría que ser tratada tras el procesamiento de los datos cuantitativos obtenidos por los especialistas.

c) La sociedad paleolítica astur

Las investigaciones climáticas y ecológicas llevadas a cabo en los últimos años, así como el conocimiento pormenorizado que se va logrando del Pleistoceno y de sus condiciones ambientales y faseología, en virtud de trabajos tan meritorios como los de de F. Zeuner, K. Oakley, J. Chaline, H. de Lumley, Karl W. Butzer, Arlette Leroi Gourhan, L. G. Freeman y otros, quizás nos permitan reconstruir en parte la vida cotidiana del hombre paleolítico que habitó la cornisa astur-cantábrica, con más datos que los aportados hace ahora medio siglo por Eduardo Hernández Pacheco en su publicación pionera «*La vida de nuestros antecesores paleolíticos según los resultados de las excavaciones en la Caverna de La Paloma (Asturias)*» (Madrid 1923). No obstante, hemos de hacer constar que no podrá lograrse nunca una reconstrucción debidamente aceptable del Paleolítico, por lo que se refiere a la cornisa astur-cantábrica, sin un conocimiento exhaustivo de paisaje, clima, flora y fauna

pleistocénicas, conocimiento éste que aún presenta bastantes lagunas en lo que se refiere al ámbito considerado. Por otro lado no sabemos de fijo si las oscilaciones würmienses que durante toda la última glaciación se manifestaron en Europa tuvieron la misma repercusión en la Península Ibérica, aun cuando estudios llevados a cabo por Arlette Leroi-Gourhan, referidos al fin del Tardiglaciario y a las industrias prehistóricas que se desarrollaron durante su transcurso en los Pirineos y Cantabria, quizá nos puedan orientar bastante, si tenemos sobre todo en cuenta los datos logrados en cuevas santanderinas como las de El Otero, Cueva Morín y El Pendo. Naturalmente tales datos nos proporcionan ciertas pautas al proceder a la elaboración de una «hipótesis de trabajo» útil para el estudio de las últimas secuencias del Paleolítico, y del llamado Paleomesolítico, aunque no nos den excesiva luz en torno a las posibles condiciones ecológicas que pudieron existir durante el Paleolítico Inferior y Medio. De aquí, que nuestra reconstrucción, al apoyarse en datos logrados en otros ámbitos, quizá adolezca de un excesivo comparativismo.

Ante todo, y por lo que se refiere a Asturias, hemos de insistir que la totalidad del utillaje utilizado por el hombre del Paleolítico Inferior y Medio, ya de materiales perecederos (madera, cuero, otras materias orgánicas, etc.) como relativamente imperecederos, tales como hueso o piedra, es imposible que haya llegado hasta nosotros, quedándonos únicamente algunos del segundo apartado, que, al ser localizados en su nivel correspondiente, pueden darnos una visión posiblemente verídica, pero muy incompleta, de estas primeras gentes que hubieron de vivir sobre todo de la caza y de la recolección; en otras palabras, de la práctica de una economía de aprehensión (*catching and gathering* la denominará G. Clark), economía que, en lo que se refiere concretamente a Asturias, tendría como escenario cotidiano diversas playas y lugares costeros, así como márgenes de ríos, hoy mejor o peor identificados. Hay que tener en cuenta que las oscilaciones climáticas pleistocénicas se presentarán acompañadas de grandes transformaciones de flora y fauna, transformaciones que cambiarían decisivamente el paisaje, dando vida a floras

y faunas de interés económico para el hombre de la Edad de Piedra. Las florestas proporcionarían abundantes avellanas y bellotas, nueces y otros frutos, así como un crecido número de especies vegetales de evidente aprovechamiento. Bosques y praderas servirían de soporte para la existencia de numerosísimos herbívoros entre los que serían abundantes, bisontes, caballos, cérvidos, etc. Asimismo no serían raros la cabra montés, el rebeco o sarrio, el muflón y otros animales cuyo sustento lo constituirían los pastizales de alta montaña. Por lo que se refiere a la costa, pesca y recogida de moluscos constituirían uno de los recursos más preciados.

El eustatismo experimentado por parte del litoral astur-cantábrico en un período temprano del Cuaternario, y al que diversos tratadistas atribuyen las *rasas*, citadas anteriormente, hace por otra parte que aceptemos el hecho de que en los últimos milenios del Paleolítico el nivel marino haya aumentado más de 30 metros. Esto dejó quizás inmersos diversos paraderos bajo las aguas marinas. Con este ascenso del nivel mente una inmersión cuando no excavó un lecho en alto litoral marino la parte terminal de los cursos fluviales sufrió lógicamente de detritos el fondo y laderas de los valles. No existe aún, sin embargo, un estudio regional que inventarie o nos permita conocer detalladamente la secuencia de tales fenómenos que tuvieron lugar durante todo el Cuaternario en todo el litoral astur-cantábrico.

En lo que se refiere al *habitat*, se ha hecho tópico desde mediados del siglo pasado el presentarnos al «hombre de las cavernas», al «troglodita», como si el hombre cuaternario astur hubiera vivido siempre, guarecido en espeluncas y grutas. Sabemos ciertamente, que gustó de situar su vivienda a la entrada de éstas o bien bajo abrigos rocosos y diversas oquedades producto del ciclo hidrogeológico cárstico, sobre todo en el Oriente de Asturias y Santander. No obstante, es lógico que tales lugares, generalmente vestibulares, eran convenientemente adecuados o preparados, con construcciones o paramentos *ad hoc*, utilizando postes o pilotes, pieles de animales, entoldados, etc. Así, se han encontrado en algunas excavaciones en curso (como por ejemplo, la llevada a cabo en 1972

por el Seminario de Prehistoria de la Universidad de Oviedo en la cueva de La Riera) restos de estructuras horizontales de forma claramente reconocible. Puede incluso, admitirse la idea de paramentos y cobertizos construidos en el vestíbulo de las cuevas, hablándose de cimientos más o menos rudimentarios, aun cuando por lo que se refiere concretamente a la región astur se carece de evidencias arqueológicas.

Dentro de estas especies de cortiles o en sus proximidades, se establecían los hogares o *vivacs*. Estos ocupaban a veces un lugar despejado en el que se hacía el fuego, y del que ha quedado constancia por restos de piedras calcinadas, de cenizas y de carbón vegetal que, recogidos cuidadosamente y enviados al pertinente laboratorio, servirán para datar el horizonte de que se trate. Son, no obstante, escasos los restos hallados en Asturias de hogares realmente bien delimitados. En numerosas ocasiones los guijarros del fogón sirvieron para conservar el calor. En otras se encuentran hogares con guijarros astillados por el mismo calor del fuego. Tales guijarros han sido interpretados para dos posibles usos: así, las piedras colocadas en medio del fogón acumulaban el calor y una vez extinguido el fuego seguían irradiándolo, o una vez calientes, tras ser atenazadas hábilmente, eran depositadas en un recipiente en el que se habían introducido agua y alimentos, consiguiendo de esta forma su cocción. Esta técnica, aún utilizada hoy por pastores de las Vascongadas, sirve a éstos para caldear la leche de sus ganados y conseguir el cuajo para la fabricación de quesos. Procedimiento muy similar es también utilizado aún, por diversos pueblos hiperbóreos de Eurasia, e incluso por los esquimales.

No se descarta que existieran asimismo acampamientos a la intemperie, sobre todo en la región occidental de Asturias, donde escasean las cuevas de formación cárstica. A este respecto, aun cuando aún no se haya encontrado alguno en Asturias, no puede desecharse su existencia, como tampoco el que en algún momento el hombre prehistórico pudiera hacer chozas semiexcavadas en la tierra o subterráneas, con tabiques reforzados por osamentas y ramas y destinadas a una sola familia. No obstante, y de admitir tales acampamien-

tos, sólo fueron viables al contar con condiciones climáticas que le hicieron posibles.

También, y discrepando de admitir un continuo vagar, quizá podría hablarse de un *nomadismo estacional*. Así, los hombres del Paleolítico pudieron llevar una existencia semi-sedentaria: en la medida que una parte del grupo ocupaba durante todo el año la caverna, la otra, seminómada, se entregaba a expediciones temporeras de caza, aprovechando migraciones estacionales y utilizando campamentos temporales. Fenómeno parecido al que se da entre pueblos naturales actuales, inmersos aún en un Paleolítico o en un Paleomesolítico, como por ejemplo los australianos, los bosquimanos o los fueguinos, cuyas tribus, según la estación, aparecen ya concentradas, ya repartidas, en pequeños grupos o células.

Párrafo aparte merece la vestimenta. En diversos manuales de prehistoria y libros de divulgación dedicados al gran público, como por ejemplo la célebre obra de los checos J. Augusta y Z. Burian, sus autores han dejado volar su fantasía. Así, nos presentan a hombres del Paleolítico Superior endosando vestimentas similares a la de amerindios y esquimales. Claro que otros artistas, en el extremo opuesto, nos representarían al hombre prehistórico con un sencillo faldellín en torno a la cintura, e incluso con el único adorno de una bolsa fállica. Como se comprenderá todo esto es pura imaginación del artista, puesto que dado el carácter perecedero de los materiales empleados para la vestimenta, no ha llegado a nosotros ningún resto de vestuario para su estudio y reconstrucción. Pese a todo, quizá pueda afirmarse que la vestimenta varió según el clima o el paisaje, y, desde luego, según la estación. A este respecto, aún cuando pertenezca a otro horizonte quizá fuera interesante recordar el hallazgo de útiles para el tratamiento de pieles, conservados en la cueva de Wildenmannsloch, en la región de Churfirsten (Suiza Oriental) e incluso a nivel etnográfico actual, los estudios de M. Gusinde y otros entre los Onas de Tierra de Fuego (América Meridional) quizá puedan resultarnos orientadores. Quizá pueda servirnos de indicio, —sobre todo a la hora de sopesar posibilidades—, el hecho de que la aguja de hueso fue posiblemente inventada

en alguna zona continental de la provincia franco-cantábrica durante el Solutrense superior, llegando a la región astur-cantábrica junto con otros aportes culturales en el Magdaleniense inferior, es decir, unos 15.000 años antes de nuestra era. Su desconocimiento hasta entonces no significa, empero la inexistencia de la costura a la que posiblemente se llegó utilizando otras técnicas.

Los hilos utilizados podían ser ya fibras vegetales, ya tendones de animales, aún usados hoy por diversos pueblos inmersos en economías arcaicas.

Otra cuestión en que apenas se insiste en los tratados de prehistoria es el calzado del hombre paleolítico. No obstante es seguro que el hombre prehistórico tuvo que usarlo para poder deambular por todo tipo de terreno y poder sobre ponerse a las inclemencias climáticas. Ignoramos no obstante de qué tipo era, aún cuando parece pausable que fueran utilizadas ya abarcas, ya mocasines, sobre polainas de piel. De todas formas es interesante señalar que muchas veces y al circular por los pasadizos del interior de las grutas lo hizo descalzo. Se han encontrado huellas de sus pies descalzos estampados en la arena incluso en recónditos y profundos divertículos y pasadizos.

Refiriéndonos a los utensilios es obvio que éstos variaron según los períodos y el progreso cultural adquirido, haciéndose más funcionales y ligeros con el Paleolítico superior, por lo que algunos tratadistas llaman «*Leptolítico*» a dicho período, es decir de la «piedra ligera». No obstante se puede hablar de evolución de utillaje dentro de una misma industria.

Hace ya algunos años el estudioso francés F. Bordes elaboró un inventario, que ha pasado a ser clásico, de los utensilios más corrientes utilizados por el hombre del Paleolítico Inferior y Medio. Utensilios generalmente hechos en piedra partiendo de un guijarro o de una lasca de sílex. Anteriormente se dijo, no obstante, que desiempre en la región astur abundó más la cuarcita que el sílex, hecho éste que condicionaría las industrias. Sin embargo el artesano del ámbito lograría dominar a la cuarcita de tal manera que con la misma pudo ejecu-

tar no sólo lascas y puntas especializadas muy eficaces, sino también raederas, raspadores, buriles, barrenas, hojas cortantes, *rabots*, puntas pedunculadas, etc., etc. Bordes mismo ha logrado distinguir así, toda una serie de raederas musterien-ses, posiblemente especializadas para una función determina-da. Así habrá raederas especiales para raer el reverso, ya de pieles frescas ya secas. Asimismo habrá otras utilizables para trabajar sobre la madera, y otras cortantes como hojas de afeitar. Aparte de esto pueden encontrarse útiles especializa-dos no sólo en piedra y cuarcita, sino también en hueso. A estos últimos cuesta realmente adivinar su función, aunque muchos de ellos sean posiblemente restos de compresores uti-lizados en el retoque lítico.

Con el Paleolítico Superior los utensilios logran una ma-yor especialización. Considerando dicha posibilidad el estudioso R. J. Braidwood * ha establecido curiosas asimilaciones con útiles modernos, sobre todo tras el estudio de diversos uten-silios ejecutados a partir de una lámina lítica y que nos hacen recordar por su función a diverso instrumental actual. Así surgirán instrumentos especializados como la hoja de dorso rebajado, el buril o cincel de filo transversal, la punta pe-dunculada, la hoja o lámina estrangulada, con clara función desbastadora, leznas, barrenas y taladros, láminas con raspa-dor distal, hojas diversas, raspadores redondos aquillados, raspadores puntiagudos aquillados para ser utilizados como garlopa, etc. Utilizando el hueso podrán lograrse punzones, puntas de base hendida, bruñidores, enderezadores de astiles de venablo, *batons de commandement*, percutores, bolillos, varillas, etc.

Los yacimientos arqueológicos han proporcionado asimis-mo a los estudiosos diverso utillaje de carácter ofensivo, utili-zado por lo general en la caza cotidiana o estacional más que en la guerra, ya que ésta, como «fenómeno cultural», quizá no adquiere carta de naturaleza hasta el Mesolítico, limitán-

(*) Cf. Robert J. Braidwood, *El hombre prehistórico* (trad. de la VII edición inglesa, corregida en 1967 (México, Fondo de Cultura, 1971). Obra importante ésta en la que se impone sin embargo una revisión de la traducción española.

dose a escaramuzas o discusiones entre individuos o bandas por cuestiones de territorialidad. A este respecto quizá sea conveniente recordar que la moderna etología no ha dicho aún la última palabra pese a contribuciones bien conocidas como las de K. Lorenz, R. Ardrey y otros, con sus enfoques, un tanto dramáticos, que han desorbitado la cuestión, contribuyendo a darnos una idea un tanto extraña de la humanidad prehistórica.

Este armamento y utillaje, conoció al igual que todo el utillaje paleolítico diferenciaciones específicas locales. Así, no sería de extrañar incluso, que alguna muesca o escamado particular, constituyese una especie de «firma tribal», a la hora de averiguar la prioridad de las heridas inferida a una pieza, de la misma forma que hoy ocurre entre los Bororos y otros pueblos salvajes amerindios, cuyas flechas llevan particulares distintivos o emplumaduras. Causa sorpresa, no obstante, por el virtuosismo de su ejecución, la perfección lograda durante el Solutrense con obras tan extraordinarias como las conocidas «hojas de laurel» o también por las denominadas «hojas de sauce». Después, en el Magdaleniense el logro mecánico que significan no sólo diversas azagayas y arpones, sino también máquinas como el *propulsor*. Finalmente el Mesolítico astur nos legará instrumentos de gran belleza funcional, tales como los llamados «picos asturienses», depositarios quizá de tradiciones arcaicas de vigencia milenaria.

La práctica de la caza, con sus riesgos y peligros, contribuiría indudablemente a una formación selectiva del hombre, con la supervivencia de los más fuertes o dotados de más rápidos reflejos, en momentos decisivos de prueba. Las artes cinegéticas más usuales han sido objeto de interesantísimos estudios. Tal por ejemplo el hoy clásico de K. Lindner. Así llegaron a utilizarse diversos tipos de trampas, el fuego controlado, el ojeo en todas sus variedades, la persecución continuada por relevos hasta el total agotamiento de la pieza, etc., etc. Quizá convenga señalar que las trampas variaban de acuerdo con el tamaño o peligrosidad del animal a que se destinaban, dominando en tal caso el uso de fosas. Para los carniceros más peligrosos, se utilizaban mortíferos ingenios: Para la caza me-

nor posiblemente fueron utilizados lazos y otras asechanzas de fácil instalación.

En el litoral astur-cantábrico lograrían gran especialización como formas de recolección y captura, tanto el marisqueo como la pesca. En un primer momento debió utilizarse para la pesca, el arpón, la fisga y el venablo, sin descartar la técnica de «al robo». Ignoramos de todas estas técnicas cuál se impuso la primera, pero es natural que habiendo observado el hombre prehistórico el flujo y reflujo de las mareas, supiera pronto sacar provecho en su propio beneficio de tal fenómeno haciendo pozas y ejecutando simulacros que, con la retirada de las aguas, dejaban cortada la salida a diversa fauna marina. Se desconoce si los últimos paleolíticos conocieron esquifes y piraguas como los actuales esquimales, y que, a nuestro juicio, de acuerdo con algunas evidencias empezaron su proliferación en el Mesolítico europeo.

Pronto, muy pronto, el hombre prehistórico debió llegar a conocer la arribada estacional a diversos ríos de la cuenca, de diversa ictiofauna. tales como salmónidos, anguilas, etc., sabiendo aprovecharse de ella, no siendo difícil que, asimismo, y para la pesca nocturna, colocaron junto a la costa diversas luces. Hoy parece muy posible el que durante el Magdalenense se inventaran diversos tipos de anzuelos armados e incluso arpones de base agujereada que perduraron más allá del Aziense. En este mismo período pudieron incluso inventarse las redes y las nasas. En algunos lugares de las costas se han llegado a encontrar parajes preparados que pudieron ser utilizados para el secado de peces. La recolección marisquera se debió hacer pues, utilizando cestas y la conservación de diversos moluscos pudo lograrse utilizando medios similares a los aún vigentes en algunas tribus de Insulindia.

Por lo que se refiere a recursos vegetales, en parte aludidos, aunque tenemos muy escasos datos, la palinología ha ayudado a conocer adecuadamente aquellos con que pudo contar el hombre prehistórico. Podemos recordar significativos trabajos como los llevados a cabo por Arlette Leroi-Gourhan, correspondientes al fin del Tardiglacial y que permiten saber

que durante muchos períodos el hombre pudo contar con productos vegetales tales como los ya citados, amén de drupas de manzano silvestre, ciruelas, fresas, frambuesas, arándanos y zarzamoras. Asimismo es muy probable que fueran aprovechadas diversas plantas acuáticas, lo mismo que bulbos y tubérculos de liliáceas, acederas y otros productos vegetales a cuya recolección no hacía ascos a la hora de ingerirles. Este tipo de recolecciones generalmente corrió a cargo de mujeres y niños.

Un hecho interesante, apenas analizado por los tratadistas con la necesaria solvencia, es el de la averiguación de la densidad demográfica, indudablemente muy escasa, por lo que quizá sea superfluo el calcularla en Asturias, siquiera hipotéticamente, tanto más, cuando las cotas máximas de concentración muy posiblemente se encuentren en la región oriental y sólo parecen dar unos pocos cientos de individuos, que reconsideran agrupados parentalmente y viviendo en lugares contiguos. Sobre la cuestión la labor llevada a cabo por el Seminario de Prehistoria de la Universidad de Oviedo, en su campaña de excavación de la Cueva de la Riera (1971-72) parece haber dejando sentado, que en este lugar —La Llera—, fue quizá el lugar más poblado de Asturias durante el Paleolítico Superior y el Epipaleolítico. Es chocante, por otra parte, no haber encontrado sepulturas o inhumaciones en ningún nivel. Únicamente la inhumación de la cueva de Morín, en el vecino Santander y de la que ya dimos cuenta atrás, quizá pueda servir de aliciente, con los extraños ritos que parecen haber acompañado al enterramiento, tales como la ofrenda de un cervatillo sacrificado y colocado junto a la cabeza del deceso. Laguna ésta con la que tropieza un mejor conocimiento del ámbito asturcantábrico durante el Paleolítico.

El hecho de no contar con restos humanos no permite, pues, al menos por el momento, logros conseguidos sin embargo en otros yacimientos como, pongamos por caso, la proporción existente de individuos de uno u otro sexo, la duración media de vida de cada uno de ellos, la longevidad alcanzada, etc., por lo que, por el momento tenemos que resignarnos a datos obtenidos en otros ámbitos y regiones ecológicamente

parecidas considerándoles, al menos por el momento válidos para el solar astur. Pueda admitirse así, fundados en observaciones de Weindereich, McCown y Keith, que la vida del hombre fósil era más breve que la nuestra; que muy escasos individuos llegaron a superar los 40 años y sólo excepcionalmente llegaron a cumplir los 50. Es interesante observar, siempre de acuerdo con la evidencia fósil que quizá el hombre de Neanderthal tuvo más oportunidades para llegar a la senectud, y también que la duración de la vida de la mujer en el Paleolítico superior y Mesolítico fue más breve que la del hombre. Las causas de la muerte son múltiples y fáciles de intuir. Por una parte las infecciones y enfermedades mal curadas, que las hacían crónicas, las condiciones de vida e incluso las querellas tribales (incluso admitiendo con G. de Mortillet y M. Escalón de Fontón que la guerra sea una «invención neolítica»), la razón principal estribaba en la precariedad de la subsistencia. Sin cultivos y sin ganados, los cazadores y recolectores del Paleolítico y Epipaleolítico, —aziliense y asturiense—, puede decirse que vivían al día. Las técnicas de conservación «seco, ahumado y salado» indudablemente no estaban muy desarrolladas, requiriendo un mínimo de tecnología y conocimientos, del que por desgracia las excavaciones, pese a los grandes montones de detritus de conchas y mariscos no nos dan razón. De todas formas es muy posible que puedan aplicarse a la España Atlántica los mismos datos cuantitativos, que conocemos referidos a osamentas humanas inventariadas en Europa y pertenecientes al Paleolítico Superior parecen dejar sentado que una gran mayoría femenina, moría antes de cumplir los 30 años, mientras que el hombre franqueaba dicha cota más frecuentemente. Tal mortandad era debida a complicaciones por embarazo y alumbramiento.

Los datos elaborados por la ciencia han llegado a diversas conclusiones de posible validez a la hora de estudiar la sociedad paleolítica astur y el presunto conocimiento de la estructura de los grupos sociales y clase de edad de sus integrantes. Podría, pues, admitirse según Vallois: a) un alto porcentaje de niños en relación con individuos adultos; b) ausencia de viejos

en el sentido corriente de la expresión lo que implica que muy posiblemente hubiera ausencia de gerontocracia en el sentido normal que se da al término; c) período breve de contacto entre una generación y otra, por lo que no se daban saltos e hiatos, ni, como diríamos actualmente, contraste generacional de pareceres, más si se tiene en cuenta que el espacio temporal transcurrido entre los 20 y 30 años y considerado como el de una mayor fecundidad de una pareja, tenía raras ocasiones de cumplirse, al ser normal la muerte de la madre y que el progenitor no estuviera muy lejano a desaparecer. Realidad dramática ésta, más cercana para el último nacido de la prole, cuyo cuidado y educación era generalmente confiado a la parentela.

Hechos éstos que quizá nos asombren, pero que comprendemos perfectamente, si tenemos en cuenta, que las estadísticas demográficas actuales, en virtud de la higiene, apsesia y determinadas terapias y cuidados que se han impuesto en el Mundo Occidental da una media de unos 75 años de vida a las gentes nacidas con el siglo y quizá una media de 85 años a los nacidos hacia 1930... y eso teniendo en cuenta que nuestra sociedad maquinista-industrial, se enfrenta con males prácticamente desconocidos por las sociedades paleolíticas, en la aterradora proporción de hoy, tales como el cáncer, enfermedades cardiovasculares, etc. Quizá podría recordarse también que al iniciarse el siglo XVI, la generación siguiente a la de los Reyes Católicos tuvo una existencia media entre los 35 a 40 años, hecho éste que situaba por entonces a la vida humana de una duración no mucho mayor que la de otros primates superiores e incluso a la del hombre prehistórico.

Podría llegarse asimismo a otras curiosas conclusiones. Por ejemplo tabulando los restos fósiles conocidos en todo el mundo paleolítico, quizá pueda hablarse de una proporción de unos 125 hombres por cada 100 mujeres, proporción que hoy se presenta invertida. Naturalmente tal dato está sujeto a admitir el hecho de que todos los individuos han sido enterrados, y que muchos de ellos pudieron morir fuera de sus propios habitáculos en el curso de expediciones. Incluso las mujeres, que es natural las imaginemos siempre por cuestión de «sus

lábore» y de apego a la prole más cercanas a los acampamientos se prestan expuestas a otros riesgos. Quizá sin embargo, cabe admitir márgenes de error. No obstante pueden considerarse significativos cálculos como aquellos ya viejos, hechos en 1889 por Paula y Oliveira, en los concheros de Mugem, Portugal, y que tras numerosos estudios en torno a restos óseos encontrados permitieron afirmar que el número de restos femeninos, era doble que el de restos masculinos, afirmación esta que habría que actualizar, aunque se admita que las cifras de ambos sexos se igualan durante el Mesolítico no sabemos por qué hecho.

De todas maneras y en nuestro caso concreto siempre habrá de subrayar la actual carencia de osamentas humanas con que tropieza el estudioso que localizadas en el solar astur pueden atribuirse al Paleolítico. Este hecho que siempre nos ha preocupado puede ser atribuido a muy diversas causas entre las que pueden señalarse las siguientes: 1.º el que el investigador no ha acertado a encontrar inhumaciones aún cuando éstas existen; 2.º el que las tales inhumaciones propiamente dichas no existen, por darse en la sociedad paleolítica astur formas funerarias particulares, tales como la exposición de los restos, destrucción o incineración subsiguiente de los mismos como se da en diversos pueblos del Tercer Mundo que hoy son estudiados a nivel etnográfico; 3.º destrucción total de los restos humanos en virtud de determinadas creencias, arrojándoles, pongamos por caso, a las aguas fluviales, tal como se hace aún hoy entre diversas comunidades del Subcontinente hindú. Esta destrucción podría implicar asimismo la utilización de formas de enterramiento secundario tras su incineración, el arrojar las cenizas a los ríos, etc. No obstante tal comportamiento implica una complejidad ideológica nada corriente en la Edad de Piedra, por lo que de admitir tal expresión funeraria quizá sólo podría hacerse, y ello con reservas, en períodos subsiguientes, tales como, por ejemplo el de las culturas castreñas, ya en la Edad de los Metales.

Por todo ello, la reconstrucción de la vida cotidiana de la sociedad paleolítica astur, quizá sólo pueda hacerse partiendo de la evidencia de determinados pueblos ágrafos o prealfabe-

tos, —comunidades primitivas—, que viven en estadios económicos similares a los que pudieron conocer los hombres del paleolítico. Reconstrucción esta, sin embargo, que se presta a numerosos abusos conceptuales. De todas formas basándonos, por ejemplo, en la vida de los aborígenes australianos, los pigmeos del África Ecuatorial, los bosquimanos del desierto de Kalahari (África del Sudoeste) y diversas poblaciones árticas, quizá puedan penetrarse en determinadas formas de espiritualidad, tales como el animismo, el culto a los antepasados, culto al cráneo y a los muertos, chamanismo, creencias totémicas, magismo, etc., etc., y cuya elaboración les conduciría a determinadas experiencias místicas y socio-religiosas. El descubrimiento del arte cuaternario y las teorías o hipótesis desarrolladas en torno a su significado y función, ha complicado asimismo nuestra visión. En realidad hoy por hoy no puede reconstruirse todo un universo de creencias basándonos meramente en los vestigios conocidos de dicho arte, de su tabulación y su estudio, desechando totalmente los datos que quizá puedan suministrar la Etnografía comparada y un conocimiento adecuado de la existencia de diversas poblaciones naturales que viven en un régimen económico similar al que pudo vivir el hombre prehistórico, ya en la tundra, y taiga ya en un ambiente boscoso, ya en distintas formaciones esteparias. Otros hallazgos, al margen de aquellos vinculados a la «expresión artística», han permitido por otra parte ampliar nuestro conocimiento en torno a la vida espiritual de la humanidad paleolítica. Así por ejemplo la realidad del culto a determinados restos óseos y los simulacros que el mismo han dado origen. La atracción hacia determinados «trofeos» de caza; ciertas prácticas mortuorias y un particular interés hacia los cráneos, ritos controvertidos de canibalismo, utilización de colorantes y recolección de diversos materiales e incluso conchas y objetos susceptibles a ser utilizados para ornato, expresiones figurativas y temáticas particulares, etc. Recientes estudios de A. Leroi-Gourhan y otros tratadistas son profundamente significativos, aún cuando no nos hayan proyectado excesiva luz sobre instituciones socio-religiosas particulares que hayan podido existir. Un hecho, apenas estudiado pero que tiene particular interés, es

el que presentan la repartición de territorios o zonas de aprovechamiento económico por las comunidades, y el conocimiento de los límites de los mismos. A este respecto quizá puedan ser interesantes las observaciones que hayan podido hacerse o se hagan en torno a comunidades de pueblos naturales, dado el hecho comprobado por la moderna etología de la «reserva», practicada por diversas especies de mamíferos, incluso primates, de dominio territorial. No obstante cualquier investigación en tal sentido, y concretamente con referencia al ámbito astur, es aún prematuro, al haber puesto de relieve la realidad etnológica hechos tales como el que poblaciones de cazadores primitivos pueden carecer de un territorio definido (como por ejemplo ocurre entre gran parte de los pigmeos del ámbito Congo-Camerún), o el mismo hecho que la existencia en Europa de un ritmo estacional durante la glaciación de Würm que pudo comportar la emigración anual de determinados animales, pudo provocar asimismo movimientos similares de grupos humanos de cazadores, hecho éste difícilmente compatible con el de la existencia de territorios «asignados» a cada grupo.

Un aspecto descuidado por algunos tratadistas en el estudio de la sociedad paleolítica, lo constituye quizá, el considerar diversos aspectos sexuales que se dieron en la misma, como por ejemplo la influencia del ciclo estral en las formas de asociación conyugal. Aún cuando no ha podido ser demostrado, parece probable que el hombre prehistórico adoptó como forma habitual de asociación y ante la presión de las condiciones ambientales, la *monogamia*, como forma preferente de establecer la familia nuclear. Nuestro conocimiento del comportamiento social de determinados primates superiores quizá pueda sernos útil, teniendo en cuenta el predominio de formas de asociación en la que un único macho y en una economía de caza responde a las necesidades de una única hembra y su cría, pudiendo así aquélla atender a las necesidades de la familia con una mayor eficiencia doméstica. De esta forma se darán ventajas mutuas dentro de la unidad familiar cooperativa así creada. Tales condiciones serían las determinantes no sólo de la aparición de la familia humana paleolítica,

sino también de vínculos conyugales de naturaleza distinta a la impuesta por la libido y mera atracción física más o menos temporal. Surge así quizá el amor conyugal, que junto con el amor filial y fraternal, hizo del grupo integrado e interrelacionado de la familia, una unidad cooperativa de producción en lo que respecta a alimentación, protección e integración social. Por lo general la educación de la prole sería asumida por los adultos, particularmente por los padres, y la asimetría en la educación, ya de varones, ya de hembras adultas del grupo para las hijas y del padre y sus hermanos para los hijos.

Mantengamos en suspenso la observación de que nos ofrece serias dudas el hecho de que el conocimiento de la «paternidad fisiológica» se haya podido dar desde los primeros momentos de la «institución» familiar, dado que ello implica el abandono de una mentalidad autística que se da en la historia humana y que a nuestro juicio trasciende hasta bien entrado el Paleolítico Superior. Pero ello no resta argumentos al hecho de que posiblemente desde el Arqueolítico se admitió lo que podríamos llamar parentesco social, establecido ante la certidumbre, con el alumbramiento de una hembra del grupo, de la pertenencia al mismo. Surgen así muy tempranamente y quizá ante la evidencia matrilineal las primeras relaciones de parentesco. La formación y especialización de la familia natural nuclear en el Paleolítico, traería consigo la aparición de la familia extensa que incluirá a la familia paterna y materna de cada uno de los progenitores y que constituyó el principal medio de comunicación social con la transmisión a sus componentes más jóvenes del conocimiento y sabiduría acumulados por el grupo. Por otro lado la familia extensa demostraría desde sus comienzos, poseer un mayor valor adaptativo, al aumentarse drásticamente, con actos económicos de repercusión comunitaria una mayor posibilidad de supervivencia para sus componentes.

La pérdida del período de celo o ciclo estral, en el que la hembra es sexualmente receptiva al macho y su reemplazo por una difusa y permanente receptividad sexual, fenómeno éste que se da excepcionalmente en el género humano, debió de

haberse producido ya entre ciertos grupos de arqueóantropos, al reemplazarse el control hormonal que en gran medida regulaba el comportamiento sexual, por el control mental. Este hecho indudablemente tuvo también trascendencia a la hora de nacer la «institución» de la familia, en la Edad de Piedra, pues, al darse la posibilidad de que una hembra pudiera ser receptiva durante todo el año y no sólo durante el celo, posiblemente aumentaría las posibilidades de fundamentar una unión permanente entre ambos sexos, surgiendo así la primera célula humana en razón de un vínculo monogamo. Por otro lado, es indudable que la sexualidad humana se halla bajo control cortical. No obstante ello no hará inmune al hombre ante fenómenos como la promiscuidad, que aún se da, ya entre determinadas sociedades agrafas, ya entre determinadas sociedades muy complejizadas, al darse en las primeras y con anterioridad al matrimonio una libre aceptación selectiva de relaciones sexuales promiscuas y entre las segundas determinados controles culturales que subordinan al individuo a fines diferentes a la mera gratificación sexual aún cuando el impulso sexual pueda manifestarse tan poderoso como siempre. No hay que olvidar jamás, que en la economía paleolítica tuvo quizá una mayor importancia la búsqueda de alimentos, que la búsqueda de pareja, ya que en situaciones de penuria, los impulsos sexuales son quizá los primeros en pasar a un segundo plano, dando quizás prioridad a aquellos impuestos por el hambre y los imperativos nutritivos.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

El autor sólo ha incluido aquellas publicaciones cuyo conocimiento le parece fundamental para la ampliación de alguno de los aspectos tratados no sólo en el presente trabajo, sino también en el que antecedió al mismo (cf. ARCHIVUM XXII, Oviedo 1972, págs. 417-472). Para una bibliografía más pormenorizada ha de remitir al lector a su reciente obra, *Prehistoria de Asturias. De la Edad de Piedra a la Romanización*, Universidad de Oviedo, 1974 (Oviedo, Librería Ojanguen).

H. ALCALDE DEL RÍO, H. BREUIL, L. SIERRA, *Les Cavernes de la région cantabrique*, Mónaco, 1912.

M. ALMAGRO BASCH, *El Paleolítico español*, en R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, vol. I, t. I. Madrid, 1947.

- L. BARANDIARÁN MAESTU, *La cueva de La Paloma* (Asturias), *Munibe* 2/3. San Sebastián, 1971.
- F. BOURDIER, *Prehistorie de France*, Flammarion, 1967.
- J. CARBALLO, *Prehistoria universal y especial de España*, Madrid, Imp. Vda. de L. del Horno, 1924.
- E. CARRERA DÍAZ-IBARGUEN, *La Prehistoria de Asturias*, Oviedo, I.D.E.A., 1951.
- GEOFFREY CLARK, *Recent excavations at the Cave of Coberizas (Province of Asturias, Spain). A preliminary report*. Comunicación personal mimeografiada. Arizona University, 1972.
- GEOFFREY CLARK, *The Asturian of Cantabria. A Revaluation*. (Diss.) Dep. Anthropol. Univ. Chicago, 1970.
- J. G. D. CLARK, *La Europe Préhistorique. Les Fondaments de son économie* (ed. franc.) París, Payot, 1955.
- DAVID L. CLARKE, *Analytical Archaeology*, Londres, 1968.
- DAVID L. CLARKE, *Models in Archaeology*, Londres, Methuen, 1972.
- M. S. CORCHON, *El Solutrense en Santander*, Santander, 1971.
- R. DUQUE DE ESTRADA (CONDE DE LA VEGA DEL SELLA), *La cueva de El Penicual*, Madrid, 1914.
- R. DUQUE DE ESTRADA, *El Asturiense, Nueva industria preneolítica*, Madrid, 1923.
- R. DUQUE DE ESTRADA, *Paleolítico del Cueto de la Mina*, Madrid, 1916.
- R. DUQUE DE ESTRADA, *Las cuevas de La Riera y Balmori*, Madrid, 1930.
- C. EMILIANI, «The Significance of Deep-sea Cores», en *Science in Archaeology*, Londres, 1962.
- E. DE FRAGA TORREJÓN, «Catálogo bibliográfico de la Fauna Cuaternaria». *Monografías Geológicas*, Oviedo, 1958.
- L. G. FREEMAN, «The significance of mammalian faunas from Paleolithic occupation in Cantabrian Spain», *American Antiquity*, 38, 1973.
- L. G. FREEMAN, «The Nature of Mousterian Facies in Cantabrian Spain», *Amer. Anthropology* 68. N.º 2 pt. 2, 1966.
- J. M. GÓMEZ-TABANERA, «En torno a la Ecología del Asturiense», *Actas del XII Congreso Arqueológico Nacional* (Jaén). Zaragoza, 1973.
- J. GONZÁLEZ-ECHegaray, «La cronología de la glaciación würmiense en la costa cantábrica», *Ampurias*, XXVIII, Barcelona, 1-9, 1966.
- J. GONZÁLEZ-ECHegaray, «Aportaciones cuantitativas sobre el Magdaleniense III de la costa cantábrica». *Munibe*, 2/3. San Sebastián, 1971.
- J. GONZÁLEZ-ECHegaray, «El Magdaleniense III de la costa Cantábrica». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXVI, Valladolid, 1960.
- J. M. GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES, «El paleolítico Inferior y Medio en Asturias. Nuevos hallazgos». *Archivum*, XVIII, Oviedo, 1968.
- M. R. GONZÁLEZ MORALES, «La Cueva de Collubil, Amieva, Asturias. (Memoria inédita de licenciatura)». Oviedo, 1974.
- E. HERNÁNDEZ-PACHECO, «La vida de nuestros antecesores paleolíticos según los resultados de las excavaciones de la caverna de la Paloma (Asturias)», Madrid, 1923.
- E. HERNÁNDEZ-PACHECO, «La caverna de la Peña de Candamo (Asturias)», Madrid, 1919.
- F. JORDÁ CERDÁ, *Prehistoria de la Región Cantábrica*, Oviedo, 1957.
- F. JORDÁ CERDÁ, *El Solutrense en España y sus problemas*, Oviedo, 1955.
- F. JORDÁ CERDÁ, *El complejo cultural solutrense-magdaleniense en la región cantábrica*, en «I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica», Pamploná, 1949.

- F. JORDÁ CERDÁ, «Los comienzos del Paleolítico superior en Asturias». *Anuario de Estudios Atlánticos*, Madrid, 1971.
- F. JORDÁ CERDÁ, «La Cueva de La Bricia (Asturias)». *Bol. I.D.E.A.*, 1954.
- F. JORDÁ CERDÁ, Y M. BERENQUER, «La cueva de El Pindal (Asturias)». *Bol. I.D.E.A.*, XXIII, Oviedo.
- AR. LEROI-GOURHAN, «La fin du tardiglaciaire et les industries préhistoriques (Pyrénées-Cantabres)». *Munibe*, 2/3. San Sebastián, 1971.
- AR. LEROI-GOURHAN, «Denominations des Oscillations Würmiennes». *Bull. Asoc. Française pour l'Etude du Quaternaire*, 4. Paris, 1968.
- N. LLOPIS LLADO, «Fundamentos de Hidrogeología cársica (Introducción a la Geoespeleología)». Barcelona, 1970.
- B. MADARIAGA DE LA CAMPA, «Las pinturas rupestres de animales en la región franco-cantábrica. Notas para su estudio e identificación». Santander, 1969.
- PAUL A. MELLARS, «The Paleolithic and mesolithic» en *British Prehistory* (Colin Renfrew, ed.), Londres, Duckworth, 1974.
- J. A. MOURE ROMANILLO, «Problemas generales del Magdaleniense Superior Cantábrico». *Bol. Seminario Estudios de Arte y Arqueología de Valladolid*, XXXVI, 1970.
- H. OBERMAIER, *El hombre fósil*, 2.ª edición. Madrid, 1925.
- I. ROUSE, *Introducción a la Prehistoria. Un enfoque sistemático*. Barcelona, Bellaterra, 1973.
- C. RENFREW (Ed.). *The Explanation of Culture Change*, Londres, Duckworth, 1973.
- J. WYMER, *Lower Palaeolithic: Archaeology in Britain as represented by the Thames Valley*, Londres, Jhon Baker, 1968.
- M. SAHLINS, *Stone Age Economics*, Londres, Tavistock, 1974.
- CREIGHTON GABEL, *Analysis of Prehistoric Economic Patterns*, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1967.
- S. PIGGOTT, G. DANIEL Y CH. MCBURNEY, *La France de la Préhistoire*, Paris, Tallandier, 1973.

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA